

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
 Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 15. — N° 166.

SUMARIO.

1. Paz; grabado. — Un obispo y un magnate. — El estío. — Revista de Paris. — Un baile de máscaras en el teatro de Cartagena; grabado. — Los nuevos puentes de Paris;

grabados. — Valeriano. — Escuela militar de Saint-Cyr; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — La doncella de Armengol. — Una velada en Triana. — Reconocimiento del Milan y del Phlégeton; grabados. — Exposicion Universal de la Industria. — Los bailes. — Tecnologia de la China; grabados.

Un obispo y un magnate.

ESTUDIO HISTÓRICO.

(Conclusion.)

El dia 1° de agosto del propio año de 1472, comparció en Córdoba en presencia de varios escribanos el ba



La Paz.

chiller Ferran Romero, vicario del Sr. obispo, con una carta mensajera dirigida al bachiller Juan Vicario, y en ella una contestacion al escrito de apelacion de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, para que se la diera á los escribanos que habian hecho el requerimiento. Respondia el obispo: « que por lo tocante á la incompetencia para conocer en la causa del Sr. de Aguilar fundada en la parcialidad de su ilustrísima por el conde de Cabra y sus hijos, lo único cierto era, que entrando en Córdoba el rey D. Enrique, D. Alfon de Velasco y Don Juan de Guzman, Luis de Paniagua y otros muchos caballeros, el dicho D. Alfon dió la fé á su ilustrísima, y su ilustrísima al D. Alfon, que querian ser neutrales no favoreciendo á ninguna de las partes, y que uno á otro se guardarían la honra, y que despues de un año, en presencia de Diego Gimenez de Góngora, prior y de Pedro de Foces, canónigos de esta santa iglesia, por parte del Sr. obispo, el dean de ella y otros por la parte del citado D. Alfon, y dentro de las casas de este, se confirmaron las paces que tenian tratadas, y en caso necesario las aprobaron con ciertas formalidades. Y el dia 4 de marzo de dicho año, viniendo dicho Sr. obispo de confesarse del convento de S. Pablo, el dicho D. Alfon juntó mucha gente armada, y ántes que entrara dicho señor obispo en sus casas, le echó fuera de la ciudad, y á todos los de su familia; de lo que resultaba la enemiga que tenia dicho D. Alfon, dando favor á muchos que vivian malamente contra Dios y su Iglesia, sabiendo bien el referido que la intencion de su ilustrísima seria querer enmendarlo. »

Notemos de paso el profundo conocimiento del corazon humano que tenia el buen obispo: D. Alonso de Aguilar, decia, le habia injuriado poniendo en él su mano sacrilega y sacándole violentamente de la ciudad; y de esta misma injuria, no de otra cosa, resultaba la enemiga que aquel magnate le tenia. En verdad que la razon mas poderosa de los odios suele hallarse siempre en una ofensa anterior hecha al odiado por el mismo que le aborrece: rara vez son un desquite de otra ofensa recibida. Y por esto sin duda dijo un famoso moralista: perdonamos fácilmente las injurias que nos hacen, pero nunca las que nosotros hacemos.

En cuanto á la incompetencia alegada por falta de jurisdiccion, contestaba el obispo: « que el lugar donde él estaba era donde habian de comparecer las personas del dicho regimiento por sí ó por su procurador, mayormente sabiendo el dicho D. Alfon que entre el señor Martin Alfon y los vecinos de Córdoba y su tierra, y las villas de dicho D. Alfon, cada y cuanto les parece á todos ó cualesquiera de ellos, entran seguros en la dicha villa de Montemayor y pasan seguros por ella, como sucedió el dia 23 de julio de aquel mismo año cuando el jurado Ahumada, vecino de Córdoba, entró en la referida villa de parte de dicha ciudad á requerir al alcayde que le entregase ciertos presos, pues que entre ellos habia paz, quien habia respondido que no los tenia ni sabia de ellos, y si los tuviese se los entregara: de lo que resultaba ser frívola la apelacion. » Y concluia su ilustrísima: « que siendo como era notorio que en el lugar de Cañete el dicho D. Alfon habia arrendado á los almojarifes y vecinos de Córdoba todas sus rentas de dicho lugar, incluyendo en ellas las rentas de los diezmos de *menudo, vino y aceite*, de lo que resultaba estar excomulgado el dicho D. Alfon por la bula Paulina y Estatuto del antecesor de dicho Sr. obispo, que lo habia sido el ilustrísimo Sr. D. Fernando; y siendo cierto que el dicho D. Alfon habia dado armas á los moros; y siendo notoria la prision de los canónigos que habia hecho el referido D. Alfon, y notorio tambien que los habia tenido presos en su villa de Cañete mas de medio año; y siendo igualmente cierto que se habia apoderado de la torre de la santa iglesia tomándole al rey lo que tenia en ella, y usurpando las rentas reales que S. M. tenia en la ciudad, y echándole varias imposiciones en ella y su tierra; y siendo tambien cierto y notorio que habia quemado las casas de dicho señor obispo, y que combatió y tomó por fuerza los alcázares reales; y careciendo de toda verdad lo alegado para justificar las imposiciones echadas sobre el estado eclesiástico, como tambien el que sobre este punto se habian comprometido con la ciudad, y que las imposiciones eran contra los moros, pues ántes eran en favor de ellos; y siendo cierto que el dicho D. Alfon habia sacado violentamente mucha gente de la iglesia, como que prendió dos clérigos beneficiados de ella, porque llevaban las acémilas del obispo, las que le quitaron; y siendo cierto que el mismo dia que fué electo dicho Sr. obispo le robaron y asaltaron los alcázares, como tambien que dicho D. Alfon y Pedro de Aguayo le echaron de la ciudad: denegaba su ilustrísima la apelacion interpuesta. »

Esta ruidosa causa duró muchos años: algunas personas principales y de autoridad procuraron mediar entre el obispo, D. Alonso y la ciudad, para conciliar las diferencias que habia, tan enojosas como causa de tamaños escándalos, y lograr se levantase el entredicho. Consiguieron esto último algunas veces, pero tan disciola era la condicion de los contendientes, que de todo sacaban pretexto para volver á la discordia.

El señor de Santa Eufemia habia logrado apoderarse de Pedroche, villa perteneciente á la ciudad, y aunque se le requirió que la dejase, no quiso ejecutarlo. La ciudad salió con su pendon y recobró á Pedroche: dió noticia al cabildo para que hiciera alguna demostracion, y á 14 de febrero se decretó que todos los prebendados saliesen á caballo á recibir el pendon triunfante. Levantóse el entredicho despues del 15 de febrero de 1473, y parecia reinar la concordia; pero duró poco tiempo, porque el conde de Cabra que se acababa de apoderar

de Almodóvar, cometia en la ciudad y campiña grandes vejaciones. El de Aguilar exasperado volvió á sus pasadas injurias y rigores, y el obispo puso de nuevo entredicho á 19 de octubre. Empezó entónces la reyerta entre el cabildo y el prelado; el cabildo apeló á Toledo; durante la apelacion interpuesta no se observaba el entredicho, y esto hizo temer á algunos prebendados que impetrandoles en Roma las prebendas, se movieran muchos y costosos pleitos; y así determinaron que si alguno fuese molestado por esta razon, todos le amparasen y defendiesen en los tribunales contribuyendo á las costas que se causaran. Declarada la division entre el prelado y el cabildo, siguió la discordia acerca de otros puntos, y con especialidad sobre el modo que se habia introducido en el arrendamiento y administracion de las rentas decimales, en que el obispo hacia remisiones y otras gracias sin la intervencion del cabildo ó sus diputados. Fué el resultado un Estatuto para que no se pudiesen en lo sucesivo arrendar las referidas rentas á prebendados, caballeros ni personas semejantes, y establecerse el tribunal llamado de *Cabeza de rentas*.

Ocurrió en 1474 la muerte del rey D. Enrique IV, y de aquí surgieron nuevos motivos de contrariedad y encono entre D. Alonso de Aguilar y el obispo D. Pedro. La mayor parte de las ciudades y señores de vasallos se declararon por D. Fernando y Doña Isabel, y con ellos el prelado de Córdoba, y el conde de Cabra; y Don Alonso, siguiendo al marqués de Villena abrazó la parcialidad de Doña Juana, á quien, valido de su preponderancia en Córdoba, hizo aclamar por reina. A este acto de violencia pudo agregarse otro para hacerle impopular.

Un año ántes, un herrero, fanático como toda la demás gente de baja condicion en aquellos tiempos, habia promovido un motin contra los conversos ó *cristianos nuevos*, cometiendo grandes robos, incendios y atropellos en las viviendas de aquellos presuntos apóstatas, y matando á muchos de ellos. D. Alonso de Aguilar, indignado de aquella barbarie, dió muerte por su propia mano al herrero, pero tuvo que refugiarse con muchos conversos en el alcázar viejo, guareciéndose allí del furor de la plebe. No consta positivamente que el cabildo aprobase aquel bárbaro desahogo popular, que sin duda alguna tenia el carácter de tal, puesto que siguieron el ejemplo de Córdoba, Montoro, Adamuz, Bujalance, Rambla, Santaella y otros lugares del obispado, dando fuertes indicios de querer hacer lo mismo Palma y Baena. Pero si creemos que la impolitica contemplacion de los magnates con los conversos de mala fé, que pululaban por desgracia en toda España, tenia justamente exasperado al pueblo, y que en un siglo en que las creencias religiosas del estado llano eran tan poco ilustradas, estas repugnantes matanzas eran el resultado lógico de la pugna entre las ideas nacionales y las de la corte. Ahora bien, podia no ser siempre mengua el participar de las ideas ó instintos nacionales contra el desgraciado sistema que seguia la corte de Enrique IV, y solo bajo este concepto aventuraremos la sospecha de que el cabildo de Córdoba no repugnaria quizás aquel popular escarmiento.

Lo cierto es que por aquel tiempo se compuso decididamente el cabildo con su obispo, y le siguió dócil y resuelto cuando el prelado se declaró por D. Fernando y Doña Isabel; en prueba de lo cual mandó dar mil maravillas de albricias al criado del rey que le trajo la nueva de su victoria contra el rey de Portugal.

Del ruidoso pleito entre D. Pedro Solier y D. Alonso de Aguilar no hallamos rastro despues del año 1473, en el cual consta que tuvo que intervenir el fiscal de la curia romana por su santidad, habiéndose dado poder á varios procuradores para que compareciesen ante el ilustrísimo Sr. D. Rodrigo, obispo de Albano, cardenal y vice-cancelario, juez especialmente nombrado por el papa en dicho pleito. Ignoramos si llegó á darse sentencia, ó si quedó paralizado por muerte del obispo D. Pedro, ocurrida en 1476.

PEDRO DE MADRAZO.

EL ESTÍO.

Mayo recoge el virginal tesoro;
Desciñe Flora su gentil guirnalda;
La sombra buscá el manantial sonoro
Del alto monte en la risueña falda;
Campos son ya de púrpura y de oro
Los que fueron de rosa y esmeralda;
Y apenas riza su corriente el río
A los primeros soplos del estío.

El soto ameno y la enramada umbrosa,
El valle alegre y la feraz ribera
Con voz desalentada y cariñosa
Despiden á la dulce primavera;
Muere en su tallo la inocente rosa
Desfallece la altiva enredadera;
Y en desigual y ténue movimiento
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma
La blanca aurora su rosada frente,
Reparte perlas y recoge aroma;
Se abre la flor que su mirada siente;

Repite sus arrullos la poloma
Bajo las ramas del laurel naciente;
Y allá por los tendidos olivares
Se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil al impulso blando
La rubia miés en la llanura ondea;
Del dulce nido alrededor volando
La alondra gira y de placer gorjea;
Las ondas de la fuente suspirando
Queiebran el rayo de la luz febea,
Y en delicados mágicos colores
El fruto asoma al expirar las flores.

Sobre los montes que cercando toca
La niebla tiende su bordado encaje;
Desde el peñon de la desierta roca
Lánzase audaz el águila salvaje;
El seco vientecillo que sofoca
Cubre de polvo el pálido follaje;
Y por el monte y por la vega umbría
Crece el calor y se derrama el día.

Y en el árido ambiente se dilata
La esencia de la flor de los tomillos,
Y lento el río su raudal desata
Entre mimbres y juncos amarillos;
Y si al cubrir sus círculos de plata
Con sus plumeros blandos y sencillos
La caña dócil la corriente roza,
Trémula el agua de placer solloza.

Del valle en tanto en la pendiente orilla
Manso cordero del calor sosiega;
Se oyen los cantos de la alegre trilla;
Suenan los ecos de la tarda siega;
Ardiente el sol en el espacio brilla;
El cielo azul su majestad despliega;
Y duermen á la sombra los pastores,
Y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra á la rústica majada
La noble encina que á la edad resiste;
En su copa de fruto coronada
La vid de verde majestad se viste;
A su pié la doncella enamorada
Canta de amor, pero su canto es triste,
Que en el profundo afan que la devora,
Amores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oido
Mas que el tierno arrullar de la paloma,
Por el monte y el valle repetido
Tristes, confusas vibraciones toma;
Y en las ondas del aire suspendido
Se escapa al fin por la quebrada loma,
Y sin que el aura devolverlo pueda
Todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves;
No circula ni un átomo de viento;
Cortadas por el sol lentas y graves
Caen las hojas del árbol macilento;
Ténue vapor en ráfagas suaves
Se levanta con fácil movimiento;
Y mezclando en la luz su sombra extraña,
Va formando la nube en la montaña.

Hinchada al fin soberbia se desprende
Del horizonte azul la nube densa,
Y el fuego del relámpago la enciende,
Y gira por la atmósfera suspensa;
Y ya sus flancos inflamados tiende,
Ya el vapor de su seno se condensa,
Y soltando el granizo en Huvia escasa
La rompe el trueno y se divide y pasa.

Y el sol que se reclina en occidente
De su encendido manto se despoja,
Y en los blancos celajes del oriente
Se pierde el rayo de su lumbre roja.
Brilla la gota de agua transparente
Detenida en el polvo de la hoja,
Y tendiendo el crepúsculo su planta
Del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado
Que en la fiebre de amor templó el desvelo,
Vertiendo en nuestro espíritu agitado
La misteriosa esencia del consuelo;
Así por el ambiente reposado
De estrellas y vapor bordando el cielo,
Breves y llenas de feraz rocío
Cruzan las noches del ardiente estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,
Y en tibio resplandor la sombra vaga;
La luz de las estrellas se estremece
Y en el límpido raudal brilla y se apaga;

Naturaleza entera se adormece
En el hondo placer que la embriaga,
Y lleva el aura en vacilantes giros
Besos, sombras, perfumes y suspiros.

Mas puro que la tímida esperanza
Que sueña el alma en el amor primero,
Su rayo débil desde oriente lanza,
Sol de la noche, virginal lucero;
Triste y sereno por el cielo avanza
De la cándida luna mensajero;
Por ella viene y suspirando ella
Síguela en pos enamorada y bella.

Cuanto guardais la tímida inocencia
Que á la esperanza y al amor convida;
Los que en el alma la impalpable esencia
De su primer amor llorais perdida;
Cuanto con dolorosa indiferencia
Vais apurando el cáliz de la vida;
Todos llegad y bajo el bosque umbrío
Sentid las noches del ardiente estío.

Las del tirano amor desengañadas,
Pálidas y dulcísimas doncellas,
Vosotras que llorais desconsoladas
Solo el delito de nacer tan bellas;
Mirad entre las nubes sosegadas
Cómo cruzan el cielo las estrellas;
Que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo,
Que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna á mi voz, blanca hermosura,
Fuente de virginal melancolía,
Mas hermosa á mis ojos y mas pura
Que el rayo azul con que despunta el día;
Corazon abrasado de ternura,
Espíritu de amor y de armonía,
Vén y derrama en el tranquilo viento
El ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enajena
Aumenta la inquietud de mi deseo;
Tu voz perdida en el ambiente suena;
Donde mis ojos van tu sombra veo;
De amor y afán mi corazon se llena,
Porque en tu amor y en mi esperanza creo;
Y así suspende el sentimiento mio
La tibia noche del ardiente estío.

Noche serena y misteriosa, en donde
Dormido vaga el pensamiento humano
Todo á los ecos de tu voz responde
La mar, el monte, la espesura, el llano;
Acaso Dios entre tu sombra esconde
La impenetrable luz de algun arcano;
Tal vez cubierta de tu inmenso velo
Se confunde la tierra con el cielo.

José SELGAS Y CARRASCO.

Revista de París.

El carnaval resucita en París por un corto espacio de tiempo, veinticuatro horas nada más, el jueves de la tercera semana de cuaresma. En este día se reproducen públicamente las locuras del domingo y del martes de carnestolendas, y se reproducen ordinariamente con usura y con creces. Así ha sucedido el jueves último: la gente disfrazada abundaba en las calles, y por la noche todos los bailes de París se hallaban atestados de máscaras. Pero esta fiesta de la « media-cuaresma » es celebrada principalmente por una clase de la población que desde hace siglos no ha prescindido un solo año de su privilegio. Todas las lavanderas de París (esta es la clase en cuestión) se reúnen ese día en las orillas del Sena y eligen una reina, que no siempre representa, como lo manda la tradición, la Majestad de la juventud y la hermosura. Una vez que está proclamada la soberana, resuenan los vivas, se agitan las banderas, se entonan los himnos y las canciones, y luego la comitiva se pone en marcha á pasear la reina. Su Majestad coronada de flores y vestida con todas sus galas sale por París en una carretela con cuatro caballos, y su corte, sus damas de honor, sus súbditos de ambos sexos, la siguen también en carruajes descubiertos. Este reinado es corto, quizás debe á eso su popularidad, pero en cambio se halla exento de cuidados y de luchas. En tanto que dura el día, la reina es saludada por cuantos la ven, y al caer la tarde va á concluir alegremente su reinado en alguna fonda de las barreras donde despues de haber gobernado muy gozosa abdica no ménos alegre á la conclusion de un baile coronado con una cena. Si Su Majestad echa alguna mancha en su manto regio, al ménos tiene la ventaja de lavarla por sus propias manos en el día siguiente. Esta fiesta de las lavanderas es una de las pocas ceremonias populares de la edad-media que no destruyó la revolucion del pasado siglo.

En esa misma noche del jueves, además de los bailes públicos, hubo en París otras mil reuniones particulares

donde se bailó con disfraz y con careta. Las damas parisienses aprovechan ansiosas esta ocasion de mostrarse con nuevos atractivos, que ponen de manifiesto su gusto particular, sus pretensiones y su fantasía. Además, en los inmensos recursos que les ofrecen los trajes de todas las épocas y de todos los países hallan un medio para disimular sus imperfecciones y para dar á sus gracias mas relieve.

Cuenta la crónica parisiense que una señora jóven y hermosa, de estado casada, pero separada judicialmente de su marido, habia preparado un traje andaluz para asistir á un gran baile que daba en la noche susodicha un rico capitalista. Ya estaba á punto de vestirse, y se felicitaba de antemano por el brillante efecto que no podia ménos de producir su basquiña sevillana, abandonándose á las dulces impresiones de los triunfos que se prometia, cuando entró su doncella y la entregó una carta.

— Otro convite, exclamó la jóven rompiendo el sello con indolencia; pero apenas habia fijado la vista en el papel, cuando de repente se turbó la serenidad de su rostro.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! continuó, ¿es cierto lo que leo?

La doncella se atrevió á preguntar lo que habia, pero su ama la respondió mandándola imperiosamente que saliera.

La carta le traia una noticia muy grave, le anunciaba que su marido acababa de morir en el pueblo donde se habia retirado inmediatamente despues de su separacion. El sentimiento que experimentó la jóven viuda no era hijo de un gran dolor, de una desesperacion violenta, pues el difunto la habia dado grandes motivos de queja, como constaba en el proceso de separacion; pero la noticia la sumergia en un abismo de reflexiones: su estado cambiaba repentinamente, y aunque nada añadia á su independencia que era ya completa, la sacaba sin embargo de su falsa posicion; la devolvía todos sus derechos hasta el de enagenar esa misma independencia que para ella tenia tantos atractivos.

Cuando hubo considerado bien esta posicion bajo todos sus puntos de vista, y cuando estuvo familiarizada mentalmente con el suceso que acababa de llegar á su noticia, la jóven saliendo de su meditacion lanzó en torno suyo una mirada y sus ojos se detuvieron en el gracioso traje de seda de color de rosa que tenia en un sofá delante de ella.

Entonces el baile olvidado por algunos minutos volvió con presteza á su memoria. Ya no podia ir; ¡qué contratiempo! ¡una fiesta que tanto prometia, un traje que debia llamar la atencion de tanta gente!

Pero bien mirado, ¿era absolutamente indispensable privarse de aquel baile y perder aquel bonito vestido que al cabo de los dos años de luto estaria arrugado y feo?

La viuda leyó otra vez la carta, y vió que estaba fechada media hora despues del fallecimiento del marido. Nadie en París podia saber aun esta desgracia, de modo que su presencia en la fiesta no debia sorprender ni escandalizar á nadie. Lo único que habia que hacer era mantener secreta aquella carta, que habria podido no llegar hasta el día siguiente.

— Así será, no llegará hasta mañana, dijo la jóven encerrando en la gabeta mas escondida de su escritorio el malhadado papel que vino en un momento tan inoportuno.

El traje andaluz hizo su entrada en los salones del banquero, llamando la atencion de todo el mundo. Jamás la parisiense-sevillana habia estado mas linda, mas graciosa, mas amable. De tal modo supo sofocar los negros pensamientos que necesariamente debian agitar su ánimo, que ni la mas ligera nube ennegreció su frente, ni la risueña expresion de su fisonomía se alteró en lo mas mínimo. En una palabra, la viuda desnaturalizada guardó perfectamente su secreto y salió del baile la última queriendo prolongar lo mas posible aquel placer que durante algunos meses debia interrumpir un luto forzoso.

Su conducta era en verdad inexcusable, pero bien cruelmente expió su falta. — Al salir del baile cogió frío y llegó á su casa con una pulmonía que á las pocas horas la llevaba al sepulcro.

Contra este caso en que el deber y el respeto conyugal se vieron de tal modo ultrajados, vamos á citar otro en que resaltan por el contrario los nobles sentimientos del amor filial llevados hasta el último extremo.

Un día de la semana que acaba de transcurrir un comisario de policía recibió la visita de un jóven bien vestido y de buenas maneras que le pidió una entrevista particular y le hizo la declaracion siguiente:

« Me llamo Ernesto D..., soy de Cerdeña, y habito París en este momento. En 1848 mi país sufrió, como es sabido, algunos trastornos de resultados de la revolucion francesa del mes de febrero; una viva agitacion se manifestó y se formaron partidos que dividieron implacables odios políticos. Yo estaba ausente de la ciudad de... donde residia mi padre que ejercia un cargo público, cuando supe que acababa de perecer víctima de un accidente. Al instante volví á nuestro domicilio, pero ya le habian hecho los funerales, y no me quedó mas consuelo que rezar y llorar sobre la tumba del autor de mis dias, á quien amé siempre con delirio.

« Sin embargo, quise conocer todos los pormenores del suceso que me habia privado de mi padre, y las contradicciones, las cosas inverosímiles que noté en las narraciones que me hicieron, me inspiraron terribles sospechas. Puse en juego todos los medios de que podia disponer para llegar al descubrimiento de la verdad, y un hombre que me parecia saber en este asunto mas de lo que queria decir, acabó por ceder á mis instancias, y me confesó que mi padre habia sido asesinado por tres individuos que me designó. Dos de ellos le sujetaron, y el otro le disparó á quemarropa un balazo que le dejó muerto; los asesinos eran altos personajes, y lograron sofocar el negocio, atribuyendo la muerte á una desgracia imprevista.

» El que me hizo esta declaracion me indicó varias per-

sonas como testigos del asesinato y que conocian ciertas circunstancias que podian probarle, y efectivamente estas personas me confirmaron los detalles precedentes. Dí una queja, pero en un principio no quisieron oirme, y solo al cabo de mucho tiempo logré que se procediera á una exhumacion, á cuyo beneficio se estableció que mi padre habia sido asesinado. Entonces se comenzó una causa, pero no pudo encontrarse á ninguno de los testigos; todos ellos habian salido de Cerdeña, así como el acusado principal, y debió sobreseerse en el sumario.

» Desde entonces acá mi ocupacion constante ha consistido en buscar las huellas de los testigos que habian abandonado el país cediendo á los medios de seduccion que para ello se habian empleado, y sobre todo las del hombre que habia disparado el tiro. Durante muchos años mis indagaciones han sido infructuosas, pero al fin he descubierto lo que queria. Por una circunstancia providencial los principales testigos se hallan hoy en París así como el delincuente; este último habita vuestro barrio, y por eso he venido á vuestro despacho.»

La policía ha mirado con mucho interés este negocio; el acusado principal llamado á dar explicaciones ha reconocido que en efecto le habian formado causa por el hecho en cuestion, pero añadió que todas las insinuaciones dirigidas contra él carecian de fundamento. De los testigos unos han confirmado la declaracion hecha al comisario y otros han estado ménos explícitos; pero de todos modos, mientras las autoridades sardas, á quienes se han enviado todos los detalles recogidos, toman una decision en el asunto, ha quedado preso el inculpado.

Ahora tenemos que anunciar á nuestros lectores la llegada á París de otro extranjero que ha venido á París con fines muy distintos: este es un especulador inglés que ha pasado su vida fundando empresas mas ó ménos quiméricas, mas ó ménos lucrativas. Dicese que ese hombre famoso trae aquí planes soberbios capaces de hacer venir á la capital de la Francia en el estío próximo mas gente de la que acudió con motivo de la Exposicion Universal y el viaje de la reina Victoria. Todo lo esperan de él los que le conocen, y en efecto á ser verdad el genio especulador que le conceden, debemos prometernos cosas estupendas del hombre que no hace mucho tiempo queriendo luchar en Londres contra los conciertos de Exeter-Hall donde se tocan las grandes obras de la música alemana, ofreció triunfalmente á los ingleses programas muy curiosos en los que solo figuraban tambores y trombones. El director de orquesta era un tambor mayor de siete pies de alto, cubierto de oropeles, plumeros y ropajes de todos colores que marcaba el compás á la banda con un baton gigantesco. Habia encontrado á este coloso en las montañas de la Suiza, y este suizo fuerte como un cosaco desafiaba al público, concluido el concierto, á entrar á bofetones.

Aunque no es nuestro ánimo contar aquí todas las excentricidades de este charlatan inveterado, ya que hemos dejado escapar la pluma para retrazar ese rasgo histórico, no cerraremos el anuncio de su llegada sin estampar tambien una pequeña anécdota contada por él mismo. Debemos advertir que entre las muchas cosas que ha hecho en su patria para ganar dinero, la primera y principal ha sido hacer quiebra y mas á menudo de lo que habria deseado. En Inglaterra estos asuntos parece que por lo comun se arreglan amistosamente, no entre el deudor y sus acreedores, sino entre el primero y un magistrado que tiene un nombre especial en la lengua. Los días en que da audiencia este señor un alguacil hace poner en fila á los pobres diablitos, que acuden á implorar de su benignidad la triste ventaja que concede una ley indulgente en demasía. Con una indiferencia imperturbable ante todos esos hombres, que en su mayor parte se presentan en quiebra por especulacion, el alguacil pregunta á cada uno su nombre, su estado y la suma que debe, y luego presenta la lista al magistrado que los manda llamar por su turno, y cada cual desfila á pasar el mal rato.

Entre esa turba de judíos ropavejeros, zapateros y sastres de portal, cerveceros famélicos y otros industriales de igual jaez, nuestro hombre, el de los conciertos, se hallaba seguramente en buena compañía; un músico (entonces este era su estado) no chocaba en la lista y el magistrado no fijó en ello su atencion.

— ¿Cuánto debe Vd.?

— Tanto.

— ¿Y cuánto tiene Vd.?

— Ni un penique.

— Bien; tome Vd. su bill; todo el mundo está pagado.

Las sumas son casi siempre muy pequeñas y se hallan en relacion con el oficio y el aspecto del solicitante. Así la banda es tratada con desden y despedida inmediatamente.

En esto aparece en el gabinete nuestro músico, sin guantes, sin cadenas, sin rizos en el pelo como conviene á un hombre en su posicion. El magistrado le pregunta:

— ¿Su nombre de Vd.?

— Me llamo X...

— ¿Su estado?

— Músico, responde con entereza, plantado allí de pié, siendo apenas mirado.

— ¿Cuánto debe Vd.?

— Cien mil pesos fuertes.

A esta declaracion el magistrado levanta los ojos y meneala cabeza.

— ¡Cien mil pesos fuertes un músico! exclama estupefacto.

— Sí, señor, mas bien mas que ménos.

— Caballero, hágame Vd. el obsequio de sentarse... John, una silla... no, no un sillón para este gentleman. ¡Qué quiebra tan extraordinaria!

El músico vió dose tratado con una consideracion proporcionada á la caridad de su catástrofe, se acordó inmediatamente de sus guantes amarillos, de su cadena y de sus

sellos y se puso á hablar en tono amistoso con su juez. Se trató de óperas y de bailes, mientras el escribano extendía el acto libertador sobre el pliego de papel mas blanco que tenia en su mesa, y en tanto que una porcion de miserables que venian á pedir su gracia por deudas de poca importancia esperaban su vez de entrar en el despacho. Cumplidas ya todas las formalidades, el magistrado presentó con gracia su bill al interlocutor y le acompañó hasta la puerta, para volver á tomar su aire impasible y despreciativo con los que iba á ver enseguida.

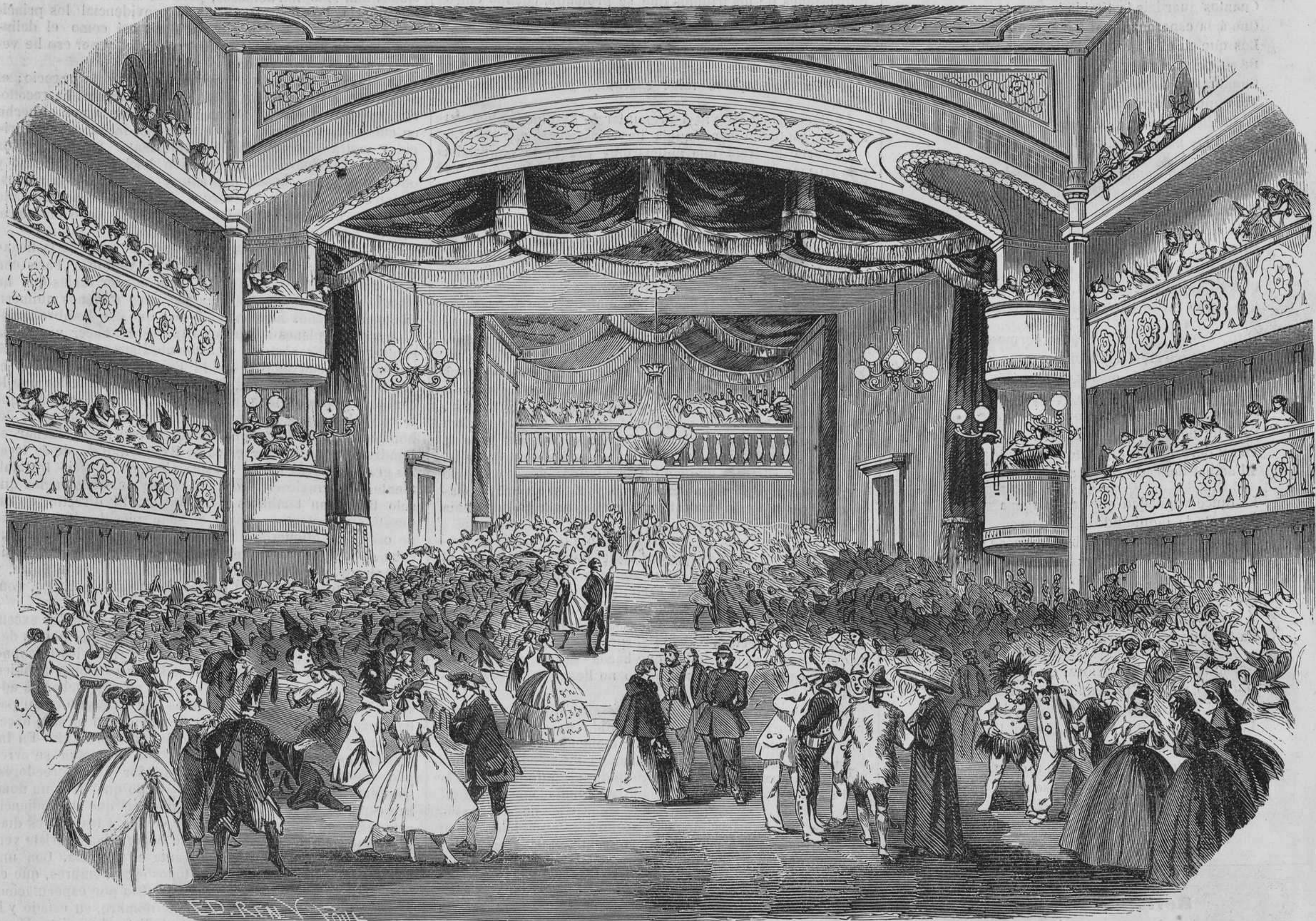
Añadirémos á esta anécdota que, poco despues nuestro especulador (ya no era músico), á beneficio de alguna empresa fructuosa y sorprendente de su agudo ingenio, pagó los cien mil pesos de que le habia exonerado cierta ley in-

glesa, y que tres ó cuatro veces mas hizo y deshizo su fortuna. Ignoramos su estado hoy, pero lo principal será indagar cuáles serán sus proyectos en Paris, y si logramos averiguarlo no dejaremos de estamparlo en uno de nuestros artículos; sino lo dirá el tiempo.

— Vamos á concluir con cuatro palabras de explicacion sobre el grabado que representa el teatro de Cartagena (España) en una noche de máscaras. Este dibujo es de un oficial francés, M. L. Provençal, que salió de Francia para Africa á principios de enero á bordo del vapor *el Languedoc*, el cual sufrió una fuerte borrasca y tuvo que arribar al puerto de Cartagena, donde permaneció cinco dias esperando que se calmaran las borrascas. Entre las cosas mas curiosas que el oficial francés y sus compañeros vieron en

Cartagena cita en primera línea un baile de máscaras que se dió en el teatro el 10 de enero. La alegría de la danza, la animacion de la gente, la variedad de los disfraces, el adorno del teatro, todo llamó sobremanera su atencion, incluso el indispensable bastonero que en todos nuestros bailes de máscaras representa la autoridad encargada de dirigir y ordenar las contradanzas. « Al concluirse el baile, dice M. L. Provençal, que duró hasta las cinco de la mañana, la mar se habia calmado y pudimos proseguir nuestro viaje llevando con nosotros el recuerdo de la buena acogida de los oficiales españoles y de las jóvenes beldades cartageneras. »

MARIANO URRABIETA.



Un baile de máscaras en el teatro de Cartagena (España).

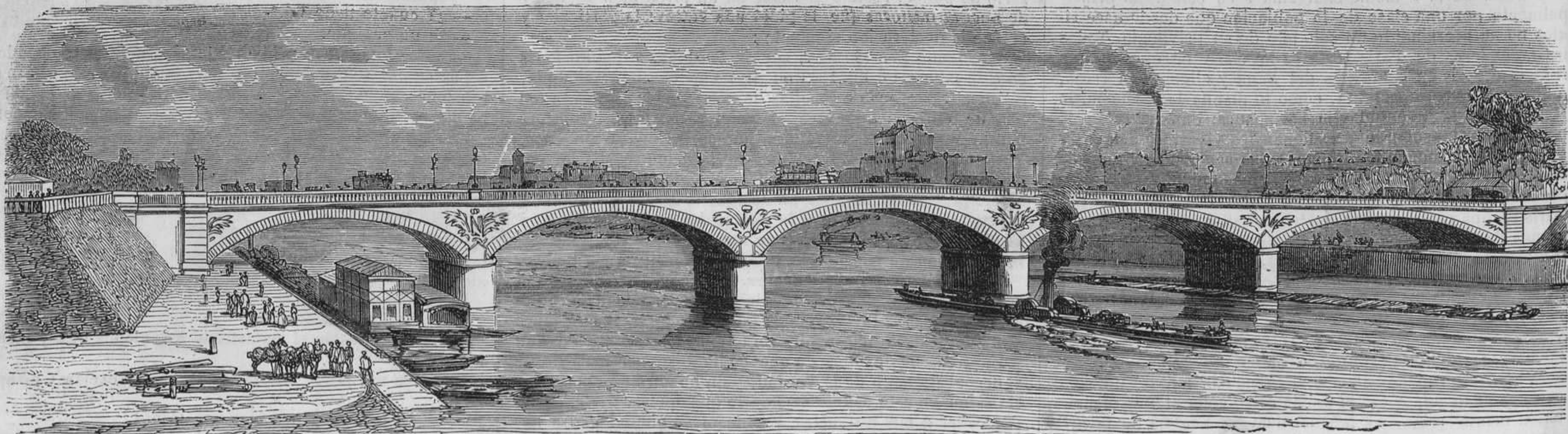
Los nuevos puentes de Paris.

El año 1854 ha visto principiar y el año 1855 ha visto concluir la reconstruccion y la construccion de cuatro puentes fijos sobre el Sena, los puentes de Austerlitz,

de Arcole, de los Inválidos y del Alma; solo este último es de nueva construccion.

Sobre el puente de Austerlitz cuya solidez y anchura

no correspondian ya con el movimiento multiplicado de los carros que transportan los vinos del muelle de la Rapee al depósito de los líquidos, se han reemplazado



Nuevos puentes de Paris. — El puente de Austerlitz.

los arcos de hierro, con arcos de piedra; solo se han conservado los machones, y mediante un aumento de

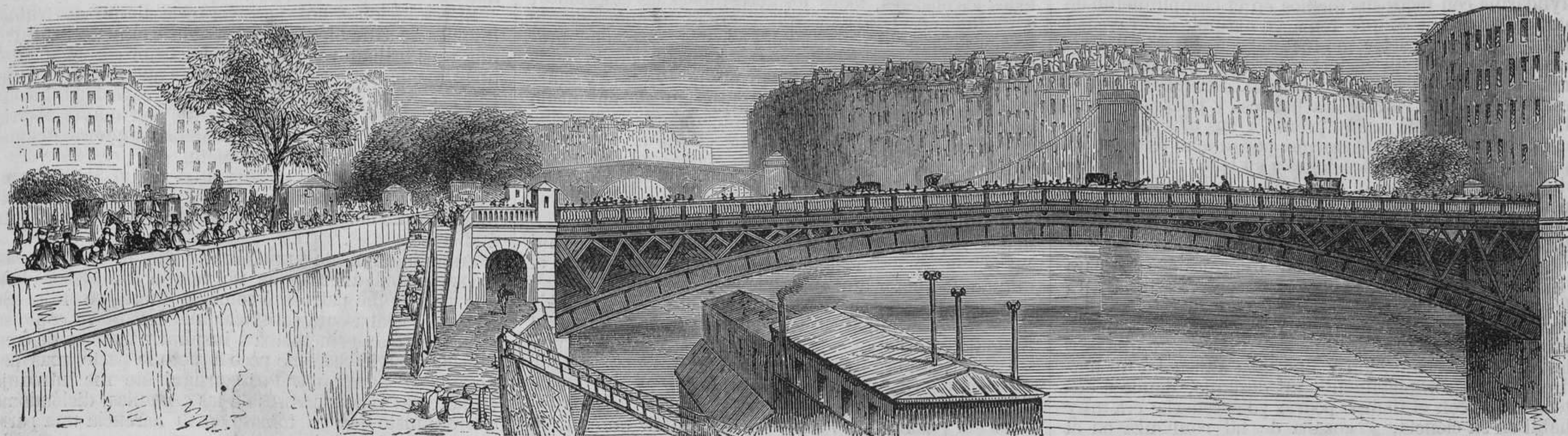
grueso, a que se han prestado por fortuna los cimientos existentes, se ha podido al ensanchar el tablero hasta

18 m, dejar aceras á los lados de tres metros y medio guarnecidas de pretilos de hierro colado de un dibujo

elegante. Los nombres de los oficiales muertos en Austerlitz deben formar parte del adorno de este puente, cuyo presupuesto de gastos se elevaba á 1,135,000 frs. El antiguo puente de *Arcole* consistía en un simple

puentecillo colgante entre la plaza del Hotel de Villa y la isla de la Cité, por el cual no pasaban carruajes; la continuación de la calle de Rívoli, los derribos operados en las cercanías de la casa municipal y de la iglesia

metropolitana, decidieron á la villa á reemplazarle por un puente fijo, sobre el cual se ha hecho el ensayo de un sistema de construcción de hierro, inventado por el ingeniero Oudry que permite establecer largos tra-

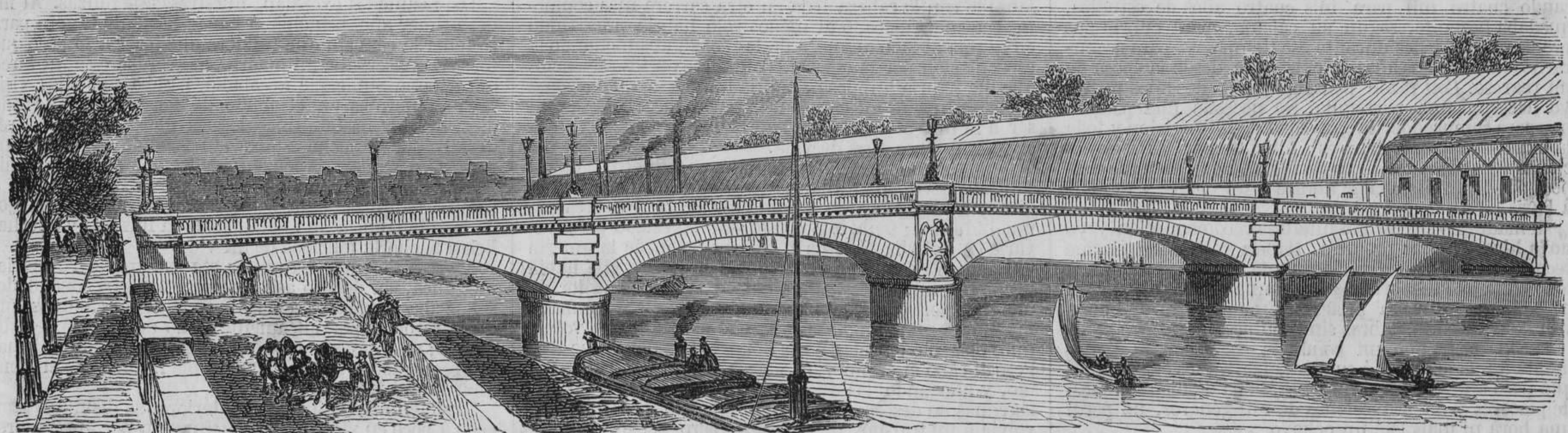


Nuevos puentes de Paris. — El puente de Arcole,

vesaños, aunque con arcos sumamente bajos. Este sistema que ha resistido perfectamente á una prueba de 800,000 kilogramos, ha ocasionado un gasto de 1.150,000 frs.

El puente colgante de los *Inválidos* por su posición entre el Gros-Caillois y los Campos-Elíseos, era un asunto permanente de inquietudes para la autoridad cada vez que se celebraba en Paris alguna gran fiesta. Los

peligros que presentaba han desaparecido ante el proyecto ejecutado por MM. de la Galisserie ingeniero en jefe y Darcel ingeniero ordinario, bajo la dirección de M. Michal, hoy inspector general de puentes y calzadas.

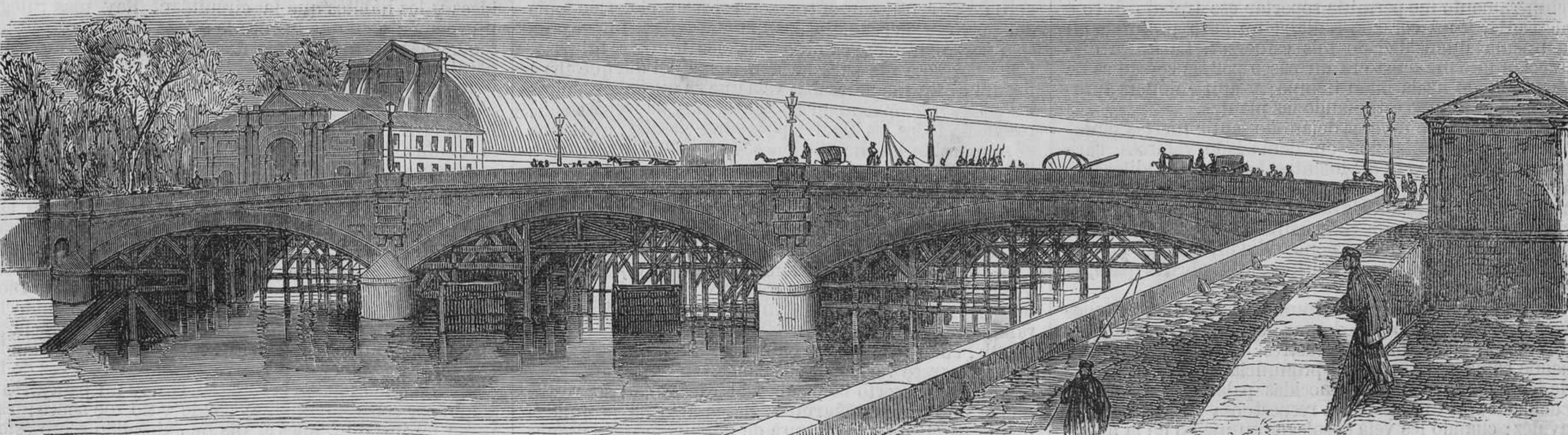


El puente de los Inválidos.

Cuatro arcos de piedra de 30 á 31 metros de abertura, descansando sobre los machones utilizados del antiguo puente, ofrecen ahora á la circulación una calzada de

16 metros de anchura con pretilos de hierro colado, cuyo coste no se elevará á ménos de 800,000 frs. En el machon de en medio hay á cada lado una estatua de

piedra, debidas ambas al cincel de MM. Diebolt y Villain que representan la Victoria terrestre y la Victoria marítima.



El puente del Alma.

En cuanto al puente del *Alma*, su construcción enteramente nueva ha sido motivada por la necesidad de abrir salidas á la parte de los Campos-Elíseos que toca al Cours-la-Reina, y á los terrenos de Chaillot que están

llamados á cubrirse muy pronto de edificios que en su día corresponderán con el barrio de San German, para lo cual existen ya varios proyectos de derribos. Este puente todo de fábrica, presenta tres arcos cuya abertu-

tura varia entre 39 y 43 metros; su gasto se ha calculado en 1.700,000 frs.

G. E.

VALERIANO.

(Continuacion.)

III.

— Hay cierta analogía, dijo, en los principios de nuestros dos destinos; quiera Dios se detenga aquí esta

analogía. Como vos, perdí mi padre en la niñez, pero me quedó como á vos una madre buena y santa entre todas las mujeres. Ella solo vivía por mí, y por mi parte puedo decir que la idolatraba. No recuerdo haberla causado ningun pesar voluntariamente, y ella estaba loca conmigo; decía que no había podido pedir á Dios un hijo mejor, que era su recompensa y su consuelo. Es de advertir que mi pobre madre había padecido mucho en este mundo; de muy ricos que éramos, nos habíamos

quedado muy pobres. Mi madre acostumbrada al lujo, se había visto obligada despues de la muerte de mi padre á someterse á las mayores privaciones. No nos quedaba mas que un capital muy reducido, y mi madre para subvenir á los gastos de la educación esmerada que había querido darme, economizaba hasta en lo necesario. Su salud se debilitó de sus resultas; yo solo lo supe despues cuando hube estudiado la medicina. Entonces era muy niño para observar ninguna cosa, y

además ella no se quejaba nunca. Era una mujer de igual naturaleza que Eugenia.

Cuando terminé mis estudios clásicos, mi madre me puso al corriente de nuestra situación precaria, y me dijo que eligiera pronto un estado, prometiéndome ayudarme con todos sus medios en el cumplimiento de una vocación, si es que tenía yo alguna. La gravedad natural de mi carácter me inclinaba á los estudios serios. Yo respondí sin vacilar que quería ser médico. Mi madre aprobó gustosa mi decisión, diciéndome que el estado que había elegido era honroso y podía ser lucrativo. Además tenía por el pronto á sus ojos la inapreciable ventaja de no separarnos por mucho tiempo; yo podría ir á pasar las vacaciones á su lado, en tanto que durasen mis estudios, y cuando los hubiese terminado podría establecerme en la ciudad que ella habitaba, ó llevarla en mi compañía al punto donde yo pensara establecerme.

Aquel mismo día quiso tomar informes exactos para decirme si el poco dinero que la quedaba bastaría para los gastos de mi carrera despues de cubrir nuestras necesidades, y con este fin fué á ver al médico del punto en que vivíamos. Era este un excelente hombre que profesaba mucha estimación y una viva amistad á mi madre. Aprobó completamente mi designio, dando á entender que con el tiempo podría yo sucederle; era muy hábil en su ciencia, y gozaba de tal confianza en el país que suplantarle habría sido cosa difícil sino imposible. Así pues, daba á mi madre una hermosa esperanza al prometerla que se interesaría en mi porvenir. Además, le suministró todas las noticias que deseaba. A su juicio, un estudiante que se resignara á pasar una vida frugal podía hacer frente á todos sus gastos con mil francos anuales.

Mi madre volvió á traerme estas noticias loca de júbilo. Aun tenía unos diez mil francos, de modo que sacando cuatro mil para mis cuatro años de estudios, quedaba bastante, según su cálculo, para cubrir sus propias necesidades durante ese tiempo, y para asegurarnos además dos años de existencia desde la época de mi regreso. Con razón pensaba que en dos años podría yo hacerme una parroquia. No necesité una palabra mas para comprender la gravedad de mi posición y toda la extensión de mis deberes; fuí á tomar las instrucciones y consejos del digno facultativo de quien me despedí dándole mil gracias; abracé á mi madre y marché á París.

Mi madre no me dirigió ninguna recomendación y yo no la hice ninguna promesa. Habría creído injuriarme recordándome las obligaciones que tenía que llenar, y todo consejo la habría parecido una duda. Yo por mi parte juzgué que era preferible manifestar mi buena voluntad no con palabras sino con acciones.

Puedo decir que mi conducta correspondió dignamente á mis deseos y á su confianza. En los cuatro años que pasé en esa ciudad inmensa, llena de distracciones, de placeres y de seducciones de mil géneros, no perdí una hora ni malgasté un ochavo.

Pobrementemente vestido, comiendo y viviendo con la mayor economía, hallé medio de gastar aun ménos de lo que mi madre me enviaba. Acostándome tarde, levantándome siempre con el sol, ya siguiendo á los profesores en los hospitales, ya escuchándoles al pie de su cátedra, unas veces disecando en los anfiteatros, otras inclinado sobre mis libros, consagraba al trabajo todos mis días y una gran parte de las noches. El vigor de mi temperamento me permitía soportar ese trabajo duro é incesante, y mi corazón hallaba un gozo profundo en la misma intensidad de mis esfuerzos. La única distracción que me daba era un paseo por las cercanías de París cuando hacía buen tiempo; y aun entonces aprovechaba el tiempo estudiando las plantas.

Y no es porque á veces dejase de sentir fuertes tentaciones: mi organización era demasiado vigorosa para hallarse expuesta á violentas borrascas. Indiferente á las privaciones, poco aficionado á conocer placeres de cierto orden, expiaba duramente mi estoicismo material por el desarrollo de mi sensibilidad moral. Dos ideas, dos sentimientos, dos pasiones vivían, ardían en mí como dos volcanes siempre dispuestos á abrirse paso, la ambición y el amor.

Cuando leía uno de esos grandes libros que commueven el pensamiento de toda una generación; cuando oía á uno de esos profesores ilustres á cuyas lecciones se acude como á una fiesta, pronunciar con la autoridad de las superioridades reconocidas palabras siempre escuchadas con una atención respetuosa y recogidas con avidez; cuando les veía desplegar en medio de la admiración universal los tesoros de la ciencia, entonces sobrecogido de entusiasmo me lanzaba por el pensamiento en empresas inmensas; concebía el plan de trabajos gigantescos á fin de poder un día escribir á mi vez mi nombre en las tablas inmortales del genio humano, y presentarme entre los príncipes de la inteligencia con la frente coronada con las palmas de la gloria.

Luego á los proyectos de grandeza sucedían los sueños de felicidad, ó mas bien se reunían con ellos. Si una de esas mujeres como se ven en París, jóvenes, hermosas, elegantes, perfumadas, rodeadas de no sé qué encanto irresistible, arrastrando en pos de sí una especie de atmósfera seductora; si una de esas mujeres extrañada por el acaso en el sombrío laberinto de nuestro barrio estudioso se encontraba á mi paso, me detenía de repente sorprendido, deslumbrado, trastornado el juicio, y seguía con los ojos esa desconocida, realización pasajera de un ideal adormecido en mí, aparición reveladora de un mundo mas hermoso. Mucho tiempo des-

pues que había desaparecido, mi imaginación la seguía todavía. Arrebatado en alas de la fantasía, recorría, devoraba los espacios de lo posible, destruyendo todo obstáculo, concentrando un siglo en un segundo, amontonando maravillas sobre maravillas, evocando á la vez todos los placeres, todos los gozos, todas las emociones; edificando en el mismo sitio y en el mismo instante palacios magníficos y apacibles cabañas; haciendo brotar bajo mis pasos los trigos y las flores, elevando montañas, abriendo lagos, haciendo mugir torrentes y murmurar arroyos; paseando á la mujer amada en medio de esas creaciones cuya causa y objeto era, consagrándola reina de ese universo del que yo era dios; confundiendo su alma con la mía en un abismo de sentimientos á la vez tiernos, violentos, exaltados, melancólicos y radiantes, percibiendo el amor en todos sus modos, aspirando la felicidad bajo todas sus formas, recomponiendo sin cesar el poema eternamente nuevo de mi existencia, y acomodando al gusto de mis deseos el mundo, la vida y aun mi persona.

Pero pronto un accidente vulgar, el grito agudo de un tendero ambulante, el choque de un transeunte, el ruido de un reloj que daba para mí la hora de alguna tarea, me despertaba bruscamente de mis sueños. Todo aquel edificio de quimeras caía en polvo al contacto de la realidad, y entonces me encontraba solo, aislado, desconocido y pobre, sin los medios de cumplir uno solo de mis deseos, sin la esperanza de poder engañar mis pasiones con la ilusión de las tentativas, y tenía que ocuparme únicamente de mis estudios y consagrarme á los intereses positivos. No se trataba de gloria y de amor, sino de ganar la vida. Me indignaba contra esas miserables necesidades cuya satisfacción llegaba á ser el único objeto de mi existencia, y muchas veces, si no hubiera tenido que responder mas que de mí, desafiando la miseria y luchando contra lo imposible, me habría lanzado con la cabeza baja en otra carrera mas conforme con mis gustos, ó al ménos solo habría proseguido en la mía el lado absoluto de las cosas, abandonando la especulación por la ciencia. Contento con los sacrificios que me habría impuesto, habría inmolido mi cuerpo á mi espíritu y á mi corazón, la parte mas baja de mí ser á la mas alta, y en fin habría dado toda mi existencia por algunos años de vida.

Pero yo no era dueño de mi propio destino; de mi constancia en los estudios dependían el bienestar, la dicha, la salvación de mi madre. Tenía que crearle una industria; tenía que conquistar un estado para salvarla de la indigencia, de la desesperación, de la muerte quizás, para devolverle una parte de lo que ella había hecho por mí. Este pensamiento contenía el ardor de mis transportes, pero no volvía á la razón sin combatir mucho en mí mismo. Mi alma se desolaba, y volvía unos ojos bien tristes hácia el porvenir que se me iba. Pero al cabo el efecto y el deber triunfaban del egoísmo, y ahogando las quejas de mi pasión, sofocando las lágrimas de desesperación que rodaban por mis ojos, volvía á mi trabajo, melancólico, pero perseverante y resignado.

La época de las vacaciones era una dulce recompensa. Marchaba á pie con el morral al hombro hácia la casa de mi madre; con cuánto ardor me lanzaba sobre el camino que debía conducirme hácia el único y sagrado objeto de mis afecciones! Con cuánto júbilo me alejaba de ese París que en su tumultuoso desierto solo me ofrecía tentaciones y luchas! Caminaba de prisa, ligero de espíritu, con el corazón esperanzado, riéndome del polvo y del sol, insensible á la fatiga, impaciente solo por lo largo del camino y la lentitud de mi paso. ¡Qué hermosa me parecía la mañana del día que iba á llegar! al fin me acercaba, veía que se quedaban detrás los postes que marcaban las distancias de separación; reconocía todos los lugares por donde pasaba; calculaba el número de las habitaciones que faltaban aun para llegar á la nuestra, me sonreía con los árboles y las zarzas del camino como si fueran amigos, y por último saludaba la casa donde estaba mi madre. Entonces olvidando mi cansancio precipitaba mi marcha; llegaba, empujaba la puerta, estaba á los pies de mi madre.

— Querido hijo mío, exclamaba ella con voz trémula; y tomaba mi cabeza en sus manos y la estrechaba fuertemente sobre su corazón; yo besaba sus vestidos y llorábamos un buen rato.

¡Oh, cuán feliz era yo entonces! Pobre madre mía, aun me parece verla con sus canas.

La emoción cortó la palabra al sacerdote: su rostro estaba inundado de lágrimas. Había algo de profundamente patético en la ternura de aquella austera fisonomía: Valeriano sorprendido con aquella manifestación de sensibilidad tan viva, contemplaba con una respetuosa compasión aquel hombre que hasta entonces había visto siempre tan grave y tranquilo.

Al cabo de algunos minutos, el abate Pascal repuesto de su emoción prosiguió diciendo:

— A cada viaje notaba cierta alteración en la salud de mi madre, cierta disminución en sus fuerzas. Por mas que me aseguraba que llevaba una vida sosegada, yo distinguía muy claro que había padecido en el año que acababa de transcurrir y temía que no fuese solo por mi ausencia, sino por las privaciones que debía imponerse. Nunca quería decirme cuánto había gastado en sus diez meses de soledad, pero era evidente que con los escasos recursos que tenía la casa no había podido estar como en los dos meses que yo permanecía en ella. De este modo, pues, ejerciendo uno con respecto al otro un generoso engaño, nos disimulábamos mutuamente nuestros sacrificios y la exageración de nuestra economía.

Peró mi madre no tenía tanta fuerza como yo para soportar la miseria, por manera que tenía que apresurarme á concluir mis estudios para fijarme á su lado y salvarla. Este pensamiento fortalecía mi valor, y cada año volvía á París mas alentado contra mis pasiones y mas celoso por mis estudios.

Mi resolución y mi perseverancia dieron sus frutos. Despues de salir bien en todos mis exámenes, sostuve una tesis brillante y fui recibido doctor con el aplauso unánime de mis jueces. En suma, pude volver á mi país precedido de una reputación de capacidad incontestable. Dí un abrazo á mi madre con mayor alegría aun que las otras veces, con la alegría suprema del que ha alcanzado un triunfo completo.

El mismo día de mi llegada fui á visitar al digno facultativo, que me recibió con los brazos abiertos, y colmándome de elogios me prometió servirme en cuanto pudiera.

Cumplió en efecto su palabra, y lejos de imitar á casi todos sus compañeros que no ven en los jóvenes mas que rivales, me patrocinó como si fuera un hijo. Su fortuna bastaba para satisfacer mis deseos. Ya como su edad avanzada principiaba á inspirarle temores de cansancio, resolvió cedermelo poco á poco la parte mas penosa de su parroquia. Por consiguiente me introdujo en las casas ricas y pobres de las cercanías, diciéndome que era justo que yo tomase en su herencia una parte igual de los beneficios y de las cargas, y me recomendó en todas partes como un hombre que á pesar de su juventud merecía toda su confianza. Efectivamente y solo tenía á la sazón veintitres años; pero por fortuna la gravedad de mi fisonomía y de mis maneras me hacía parecer de mas edad, así como el hábito del trabajo, de la reflexión y quizás tambien de los padecimientos había dado á mi espíritu una madurez precoz.

Los resultados excedían nuestras esperanzas. Al fin del primer año principié á ganar bastante dinero para sostener la casa sin que hubiera que tocar á lo poco que todavía conservaba mi madre. Es verdad que mi tarea era penosa. Sin cesar á caballo, pasaba mis días visitando enfermos en el fondo de los campos, andando diez, doce, y hasta quince leguas diarias. Cuando regresaba por la noche estaba tan rendido que solo pensaba en descansar. Apenas tenía tiempo para abrir mis libros, y por la fuerza de las cosas me veía obligado á renunciar, quizás para siempre, á los nobles trabajos de la inteligencia que habían sido la ilusión, y que habrían hecho la felicidad de mi vida.

A veces murmuraba contra esa existencia rutinaria, mecánica, por decirlo así, á que me hallaba condenado, y lanzaba miradas desoladas por aquellos caminos que debía recorrer periódicamente como un caballo de diligencia; pero pronto me consolaba viendo que mi madre recobraba la salud, bajo la doble influencia del bienestar moral y físico.

Tambien mis agitaciones interiores se disminuyeron poco á poco en violencia y concluyeron por apaciguarse enteramente. Me acostumbraba como todo el mundo á la dura ley de la necesidad y aprendía á sufrirla sin murmurar y sin padecimiento. Por fuerte y excepcional que sea una organización, no puede sustraerse largo tiempo á las impresiones exteriores, sino que está obligada á ponerse en relación con el centro en que se halla, y mediante un trabajo mas ó ménos lento, pero irresistible y fatal, llega á poder armonizarse con las ideas y los hábitos que la circundan. Hay mas: llega un momento en que apenas la queda el recuerdo de las tendencias primitivas y la fuerza para sentir lo que ha perdido.

Todos los que me rodeaban llevaban una vida tan positiva y monótona, que á veces me preguntaba si había otra cosa en el mundo que interés y deberes, si el hombre necesitaba pensar y sentir, si el deseo de las emociones no era una enfermedad del alma. De todos modos yo me dejaba arrastrar insensiblemente por la pendiente que seguía todo el mundo, y seguía sin esfuerzo y como por instinto el ejemplo general. Quizás no era dichoso; pero ¿quién puede decir en este mundo dónde reside la felicidad y cuál es su nombre? ¿No debe uno estar satisfecho con su suerte y elevar á Dios un corazón lleno de gratitud, cuando se ha obtenido la tranquilidad del espíritu y la calma de la conciencia?

Quizás, mi querido Valeriano, me estais escuchando con sorpresa y enojo; quizás os parece que en vez de la confesión que os había prometido, os doy un panegírico, y que por consiguiente me elogio y no me acuso; esperad un instante, pues si me he extendido sobre estos primeros años de mi juventud, que son tambien los mejores de mi vida, si aparento señalar con placer á vuestros ojos mi piedad filial y mi resignación, es para haceros detestar mejor todas las faltas que vinieron á empañar el brillo de las pocas virtudes de que hacia gala entonces, es para mostraros mejor en qué abismo tan hondo puede precipitarnos el vértigo de las pasiones.

Un día en medio de mis correrías encontré en un camino extraviado á una joven que se paseaba á caballo, vestida de amazona. Nadie la acompañaba. En París ó en sus cercanías, esto habría podido parecer extraño, pero en el fondo de nuestros campos apacibles en donde todo el mundo se conoce, donde se vive bajo una vigilancia constante, donde por otra parte la austeridad de las costumbres disminuye los peligros de una soledad que las largas distancias y la diversidad de las ocupaciones hacen necesaria casi siempre, nadie podía hallar en eso materia para murmuraciones ó críticas. Además, en el aplomo y facilidad con que aquella joven llevaba

su caballo se conocía que no corría ningún peligro ni necesitaba de persona alguna para protegerla.

Al pasar á su lado descubrí que era bellísima. Evidentemente pertenecía al tipo parisiense, y me recordó desde luego aquellas mujeres cuyo aspecto me habia producido una turbación tan violenta y me habia inspirado tan locos pensamientos. Su vista despertó en mí como un eco de las borrascas pasadas; pero no dejé traslucir nada de mi emoción y continué tranquilamente mi camino. Ignoro si mi curiosidad fué contenida entonces por la razón ó por el orgullo, pero lo cierto es que no volví una sola vez la cabeza hácia atrás en todo lo restante de mi trayecto.

Sin embargo, todo el día estuve preocupado con mi encuentro. ¿Quién era aquella jóven? ¿Porqué casualidad se hallaba en el país? Sin duda habia llegado hacia poco, puesto que era la primera vez que la habia descubierto en mis excursiones. Veinte veces me dirigí esas preguntas, y para resolverlas hice mil suposiciones contradictorias. Por la noche seguí pensando en ello y me dormí mas tarde que de costumbre. Pero el sueño calmó la agitación que comenzaba á apoderarse de mis sentidos. Al otro día al despertarme me probé por medio de un raciocinio muy natural que aquel encuentro nada tenia de extraordinario, y que no debiendo ejercer la menor influencia en mi destino, debía cesar de ocupar mi pensamiento. Y efectivamente no pensé mas en él.

Pero el acaso, ó mejor dicho, una fatalidad desastrosa quiso colocarme de nuevo en presencia de aquella mujer. ¡Ah! ¡la muerte habria sido mejor para mí que su vista!

El abate Pascal se detuvo de nuevo y se ocultó la cabeza entre las manos. Valeriano no se atrevió á turbar con su palabra un dolor que le parecia tan acerbo.

Al cabo de algunos instantes el abate alzó la cabeza y prosiguió:

— Vivíamos en un extremo del pueblo á la orilla de un camino; teníamos un huerto que yo me entretenía en cuidar en mis momentos de ocio.

La Escritura tiene mucha razón al decir que un rey en toda su magnificencia no está tan bien vestido como el lirio de los campos. Las flores son seguramente uno de los dones mas preciosos que la divinidad haya acordado al hombre. Diríase que durante la elaboración de ese inmenso universo, mientras hacia circular por todas las partes de su creación los impulsos de su fuerza, las profundidades de su ciencia y los rayos de su esplendor, dejó en reserva para un trabajo supremo todos sus tesoros de gracia y de delicadeza. El arquitecto que construye un templo despues de haber sentado en las entrañas de la tierra sus sólidas bases, despues de haber alargado su nave, extendido sus alas, alzado sus columnas y arrojado á las tempestades el victorioso desafío de sus cúpulas, satisfecho al ver realizado con la piedra el dibujo imperecedero de su pensamiento, se recompensa á sí mismo en su obra coronando el fronton del edificio con un bordado de esculturas, y de su cincel sale á un tiempo la expresion de su alegría y el testimonio definitivo de su genio. Así se diría que el Señor despues de haber elevado el inmenso monumento del mundo, creó las flores para su recreo, y descansó en una obra brillante y ligera de la fatiga de su obra gigantesca. Sembró las flores en el mundo, como las estrellas en el cielo, para su adorno, y nos las dió en una variedad infinita, en cuanto á la elegancia de sus formas, el brillo de sus colores y la suavidad de sus perfumes. En su composición agotó todas las combinaciones de la hermosura.

Pero no se detuvo aquí, en los objetos de su predilección, la munificencia del artista soberano. Enamorado de sus obras maestras como el estatuario antiguo, quiso darlas un alma; no el alma humana, eterna y responsable, sujeta á todas las flaquezas, expuesta á todas las turbaciones, sino un alma inherente á su existencia pasajera, inalterable en su candor, ganando en pureza lo que pierde en duración, y no pudiéndose ajar sino al perecer. Las flores simpatizan con la naturaleza entera: brillan con todo su esplendor en medio del verano, y mueren á las primeras señales del invierno, como despojándose de sus adornos para tomar el luto de cuanto las rodea, y no renacen á las pompas de la vida sino con las esperanzas de la primavera. Alternativamente tristes ó alegres segun el tiempo, se estremecen cuando se acerca la tempestad, ó saborean en la plenitud de un recogimiento místico la serenidad de los cielos puros; inclinan sus corolas en señal de despedida hácia el sol poniente, y todas las mañanas la aurora que pronto las verá sonreír al primer rayo de sol, las encuentra llorando aun las tristezas de la noche. Mudas para el vulgo, hablan á las organizaciones escogidas un lenguaje de exquisitas delicadezas. De su seno se exhala una armonía penetrante que vibra en el fondo de los corazones. Ejercen sobre los pensamientos y los sentimientos una influencia siempre benéfica, calmando la violencia de los transportes, dulcificando la amargura de las penas, reanimando la esperanza que se apaga, enterneciendo con las lágrimas la sequedad de la desesperación en delirio. Simbolizan á la vez las mas hermosas de nuestras virtudes, nuestras alegrías mas locas, nuestros dolores mas profundos; coronan con una diadema sin mancha la castidad de las vírgenes; se sourien á la suave embriaguez de las pasiones dichosas, y en pie sobre los sepulcros, custodian la santidad del recuerdo. Todos los pueblos han hecho de las flores la mitad de su poesía, y algunos una lengua. Las flores no reservan para los dichosos del mundo sus maravillas y su encanto, sino que como esas mujeres compasivas, ángeles

de la caridad, dejan caer sobre todas las miserias la limosna de su sonrisa.

No os sorprendais, querido Valeriano, de mi entusiasmo al hablar de flores; mi madre y yo teníamos una pasión por ellas. Las flores eran su lujo, el único que le habia sido fiel en su indigencia, y eran mi consuelo. Las que yo cultivaba me parecían agradecidas á mis cuidados y sensibles á mis penas. Cuando cansado de aspiraciones inútiles hácia un amor ideal sucumbía bajo el peso de mi dolor, se me figuraba que me decían: — «¿Porqué deseas lo que no conoces? ¿Qué te falta? ¿No posees lo bastante para calmar tu corazón? ¿No tienes sobre tu cabeza el cielo resplandeciente con la imagen de la grandeza infinita? ¿No nos ves en tu derredor, á nosotras los mas vivos reflejos de la hermosura infinita; no nos ves todos los días adornadas con nuestras mejores galas y embalsamadas en la fuente de los perfumes, no nos ves dispuestas como las sultanas de un casto harem á prodigarle la embriaguez de las voluptuosidades mas puras?»

Y cuando estaba sumergido en los tormentos de la ambición engañada me decían: «— Ahuyenta esas negras quimeras producto de tu loca imaginación; haz callar la voz de tu orgullo que te engaña y te desconciela. ¿Para qué quieres el tumulto y el ruido? ¿Qué necesidad es esa del mundo exterior? Nuestra vida, la tuya como la nuestra, no está en los demás, sino dentro de nosotros mismos. El alma del hombre se parece á nuestro cáliz que en ninguna parte se abre mejor que en la soledad.»

¡Oh! sí, mucho amor tenia yo á mis pobres flores.

Habia sobre todo algunas rosas cuya hermosura no me cansaba de admirar. El arbusto era de una fecundidad inagotable. Desde el principio del estío hasta el fin del otoño se hallaba siempre cubierto de flores: al lado de la rosa que fenecía se abría inmediatamente un nuevo capullo. Yo tenia un gran placer en observar como se renovaba aquí la vida, y todas las mañanas iba á examinar las revoluciones causadas por la noche.

Un día, pues, noté que la flor mas hermosa del rosal habia sido arrancada: aunque solo estaba separado del camino por un cercado de ojiacanto, era la primera mutilación que habia sufrido. Este ligero accidente me causó mucha tristeza; mi vida era tan sencilla y uniforme que el menor acontecimiento tomaba para mí proporciones importantes. Al pronto creí que mi madre, contra su costumbre, habia cogido la rosa, pero al almuerzo me desengañé y pude convencerme de que la habian robado. Esto me tuvo inquieto todo el día, pues temí seriamente por todas mis flores. En efecto, á la otra mañana cuando hice mi visita al jardín, noté que otra vez habian arrancado la mas hermosa de las rosas que habia dejado yo la víspera. Esta vez la indignación subió de punto, y resolví poner un término á esos hurtos, dando al culpable una lección severa.

Me levanté antes de amanecer y me escondí en el cercado; mucho tiempo permanecí allí sentado en la tierra sin oír ni ver á nadie, y ya principiaba á cansarme, cuando un ruido lejano llegó á mi oído. Escuché, y el ruido que se acercaba me dió á conocer el paso de un caballo á galope, que se adelantaba hácia mi jardín rápidamente. Cuando estubo ya á poca distancia dejó el galope y tomó el paso; pero á poco se fué acercando hácia mi escondite y acabó por pararse. El corazón me saltaba en el pecho; era evidente que el ginete estaba eligiendo la flor. En efecto, al cabo de un instante vi un brazo que se alargaba hácia el rosal; yo me apoderé de él alzándome de repente. Un grito de terror y un grito de sorpresa se oyeron al mismo tiempo. Yo acababa de reconocer en mi preso á la amazona que habia encontrado algunos días antes.

— Perdonadme, exclamé, saltando al punto su brazo, perdonadme, señorita, por el susto que os he dado; si hubiera sabido quien era no me habria propasado á tal exceso.

— A mí me toca excusarme, caballero, respondió ella sonriendo á pesar de su emoción, y aun os debo una satisfacción por mi latrocinio. Me habeis cogido en el lazo; tengo que confesar una falta que no podría justificar mi amor á las flores, y me hallo pronta á sufrir el castigo que queráis imponerme.

— Si es así, señorita, respondí gozoso, os condeno á recibir de mi mano cada vez que paseis por aquí la flor mas hermosa de mi huerto. No quiero que os tomeis el trabajo de cogerlas.

— Es demasiada bondad, dijo ella alegremente, y con tales castigos en vez de corregirme quizás cometeré nuevas faltas.

— Entonces, señorita, pregunté, ¿puedo prometerme que os dignaréis aceptar el tratado de paz que os propongo?

— Negándome á ello, os daría sin duda una mala opinión de mi carácter.

— ¿Queda convenido?

La jóven me respondió con una inclinación de cabeza.

— Mil gracias, la dije, loco de alegría.

Y presentándola una rosa, la mejor que habia en todo el huerto, la pregunté:

— ¿Os gusta esta?

— Es una flor maravillosa, dijo considerándola con admiración; ¡qué aroma tan exquisito! Muy contento debeis estar, caballero, con la posesión de tales flores, y os agradezco infinito la generosidad que mostrais en mi favor; hasta mañana, pues.

— Hasta mañana, respondí sin atreverme á detenerla mas á pesar de mis deseos.

La jóven me dirigió un saludo gracioso y continuó

al galope. Yo la seguí con los ojos hasta que hubo desaparecido á lo lejos, y largo tiempo despues me paseaba todavia por el jardín entregado á una turbación inexplicable. Acababa de despertarse en mí toda la inquietud de mis antiguos deseos; parecíame que mis sueños tomaban un cuerpo, y los habia visto realizados bajo la forma encantadora de aquella jóven.

Al volver á casa di parte á mi madre de aquella entrevista, pero sin decirle una palabra de la agitación que habia excitado en mí. Mi madre me escuchó seriamente sin desplegar sus labios. Sorprendido con su silencio la pregunté si habia hecho algo que pudiera desagradarla.

— No, hijo mío, me respondió con una suave tristeza; aun cuando me asistiera todavia el derecho de censurar tu conducta, no podria en esta ocasión reconvenirte en nada; has obrado como un hombre de buena educación; pero siento en mí como un presentimiento triste, preferiria que no hubiera pasado nada de lo que me has dicho. Hay en ese hecho, tan sencillo en apariencia, de coger flores sin el consentimiento de su dueño, cierta audacia que no es de mi gusto en una jóven; digo mas, la acción no es delicada. Seguramente en su lugar yo no lo hubiera hecho.

— Madre mia, la respondí, creo que vuestra opinión me parece muy severa y poco motivada.

— ¿Así lo crees? exclamó clavando en mí una mirada que me hizo bajar los ojos. Pues bien, el porvenir dirá quien se engaña. Ojalá sea yo; te aseguro que reconoceré mi error al punto que esté bien demostrado. Por lo demás, lo que te he dicho no debe impedirte el llenar tu compromiso; lejos de eso, siempre seré la primera en aconsejarte que cumplas fielmente todas tus palabras.

¡Pobre madre mia! No la engañaban los buenos instintos de su corazón, ¡y yo sin embargo, la acusaba de injusticia!

Pero en breve aparentó darme razón contra lo mismo que ella pensaba.

Exacta á la cita, la desconocida venia todas las mañanas á recibir el tributo que yo la pagaba con un gozo supremo. Un día se encontró con mi madre que buscaba la ocasión de conocerla para ver si eran infundadas sus prevenciones, y la dejó encantada con su gracia y modestia. Habia en toda su persona un hechizo irresistible. Mi madre se dejó seducir á poca costa, y cobró un verdadero cariño á la que ántes habia sido objeto de su antipatía.

A nuestros cortos coloquios por encima del cercado sucedieron conversaciones mas íntimas. La jóven, á instancias de mi madre, se apeaba y entraba en la casa, ó corria buscando flores por el huerto. Nosotros la ayudábamos á hacer el ramillete que todos los días se llevaba. A veces consentía en almorzar con nosotros, y luego yo sacaba su caballo, la ayudaba á montar en él, y me quedaba esperando con impaciencia el día siguiente. Pronto tuve nuevas ocasiones de verla.

La jóven habitaba con su padre y su tía, que habian venido á tomar baños, en una casita de campo de los alrededores. Estaba muy mimada, y acostumbrada á satisfacer todos sus caprichos. Como aborrecía andar acompañada de criados, y su padre y su tía no se hallaban en edad de seguirla en sus paseos, habia obtenido el permiso de salir sola á caballo.

Habiendo sabido que yo era médico, me instó para que fuera á ver á su padre y á vigilar su tratamiento; y no creyendo yo que debia presentarme solo por su invitación, hizo que el baron me escribiera una carta. Entonces obedecí prontamente.

El baron era un verdadero gran señor de los tiempos antiguos, muy orgulloso de su nombre de su nacimiento, pero muy afable tambien con aquellos que no trataban de poner en duda sus derechos, y generoso extraordinariamente. Tuve la suerte de agradarle, y como habia aceptado mis cuidados, podia ver á su hija muchas veces al día. La jóven rara vez olvidaba su visita matutina, y yo no dejaba nunca de ir á su casa en la mañana ó la tarde.

A poco tiempo estaba enamorado locamente; pero gracias al imperio que ejercía yo sobre mí mismo, nadie, sino ella, adivinó mi amor. Aun creí que era correspondido, pero nunca entré en explicaciones. Podia desear pero no esperar mas, y si no me hallaba completamente feliz, á lo ménos mi vida me parecia mas hermosa que nunca. No queria pensar en el porvenir y me contentaba con gozar del presente.

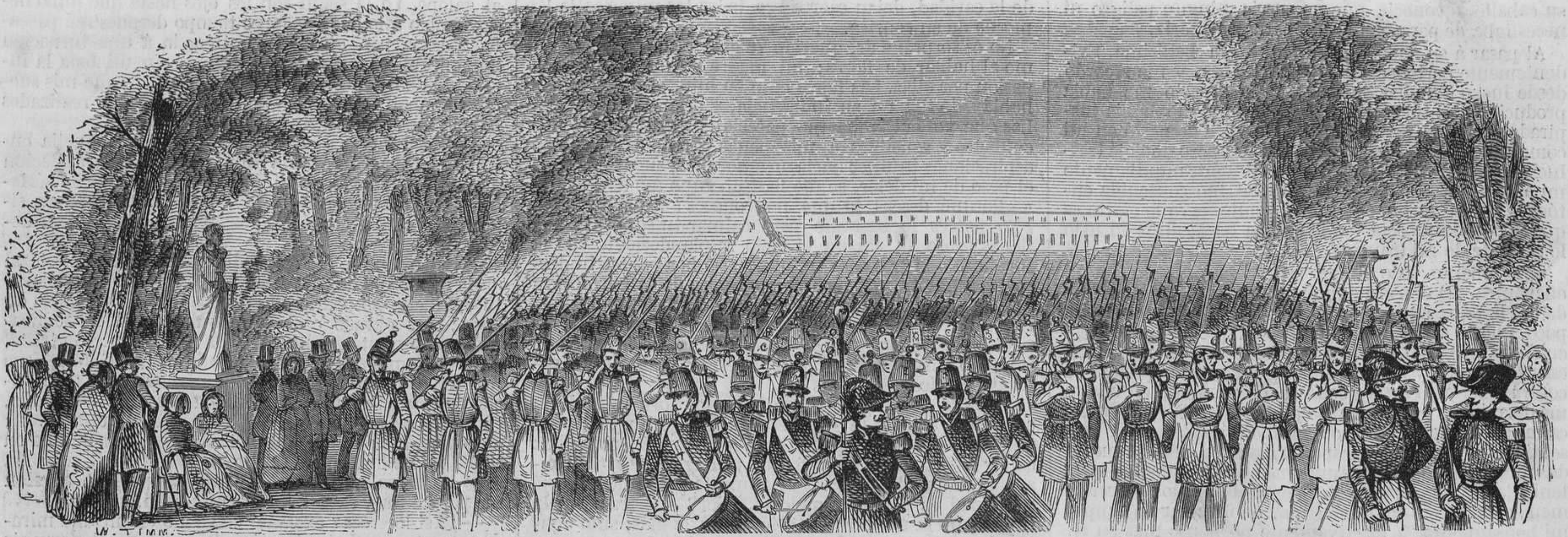
Pero en breve cambié mi situación.

(Se continuará.)

Escuela militar de Saint-Cyr.

1. — EJERCICIOS.

La Escuela forma un batallón dividido en ocho compañías. Su estado-mayor se compone de un mariscal de campo comandante, de un coronel, un teniente-coronel, ocho capitanes y ocho tenientes. Los sargentos y cabos de las compañías se eligen entre los discípulos. Todos los días durante dos horas hay ejercicios y maniobras de infantería, ya en el patio grande de las maniobras llamado patio de Wagram, ya en la pradera vecina que llaman campo de Marte. Al fin del primer año los discípulos deben conocer las escuelas de soldado y de pelotón, y á fines del segundo, la escuela de batallón, con el servicio interior, el de las plazas, el de campaña, etc.



Escuela de Saint-Cyr. — El paseo militar.

La Escuela actual ha conservado en cuanto á la precision de su manejo de armas y la destreza de sus maniobras la reputacion que le valió á la Escuela imperial el título de *primer batallon de Francia*.

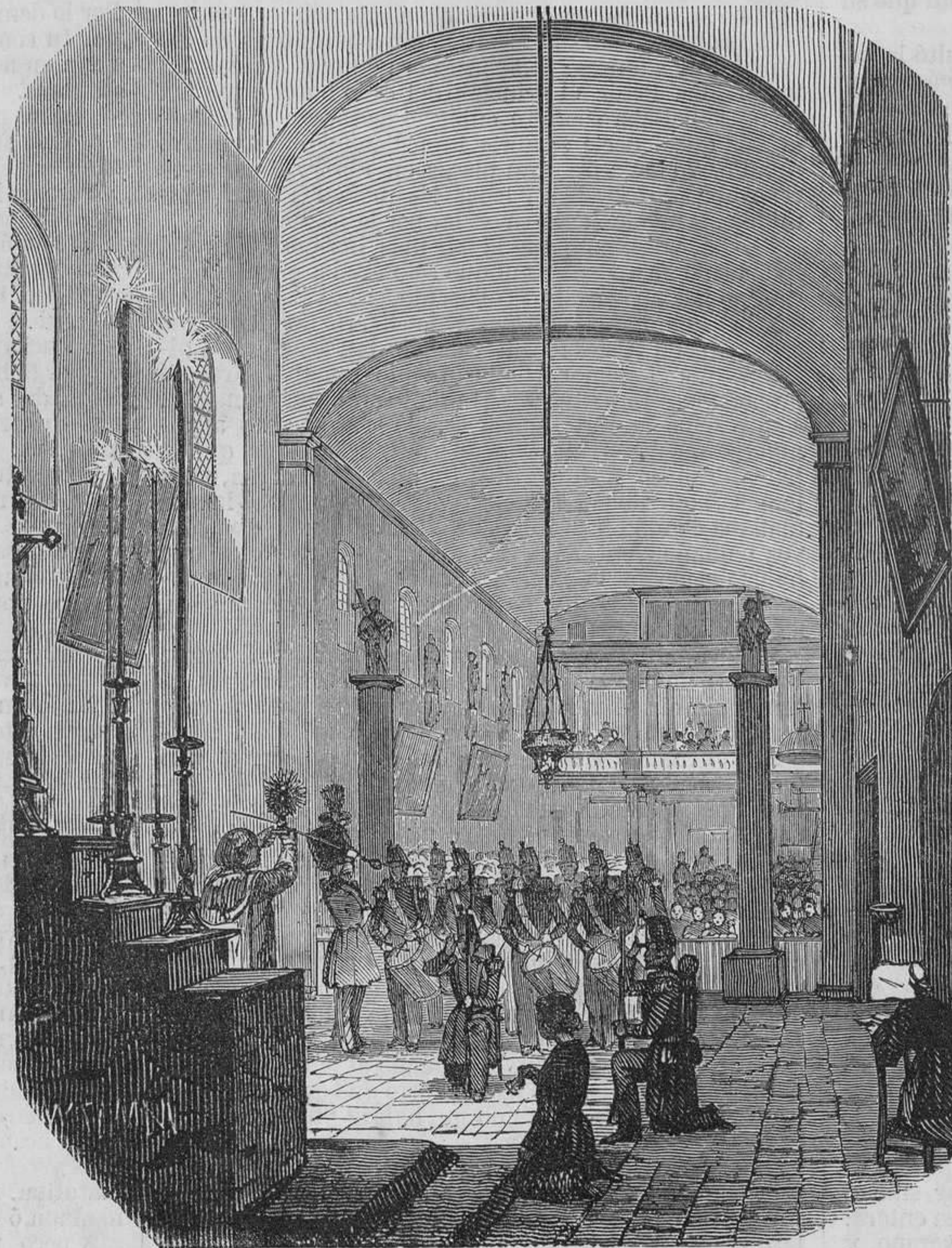
II. — LA CAPILLA.

La capilla es un edificio considerable por su extension y altura, pero de una arquitectura muy sencilla. No tiene fachada; su entrada principal se encuentra en un corredor interior de la Escuela. En tiempo de las colegialas era una iglesia completa con dos capillas, dos oratorios, coro, etc.; pero todo esto fué destruido durante la revolucion, y el edificio se transformó en hospital hasta 1808 que se abrió de nuevo al culto. Hoy posee un cuadro muy estimado de Jouvenet la *Cura del paralitico*; doce lienzos inferiores representando la *Vida de S. Luis*, algunas estatuas de piedra que llaman de apóstoles y santos, y por último un sepulcro elevado en 1836 á Madama de Maintenon.

III Y IV. — SALAS DE POLICÍA Y PELOTON DE CASTIGO.

La Escuela militar tiene sus recompensas y sus castigos. Las recompensas son: permisos de salida, el honor de discípulo distinguido que se marca con la granada en el cuello de la casaca y los grados de cabo y de sargento. Los castigos son: la *consigna*, castigo moral que impide las salidas y que ha reemplazado el antiguo castigo por peloton donde los hombres permanecian inmóviles con el fusil en la mano durante cierto tiempo; la sala de policía, la pérdida de las granadas, la suspension del grado y el encierro en la Escuela ó en la Abadía.

Las salas de policía son unas celdillas situadas bajo los tejados y alumbradas por un ventanillo estrecho, donde se encierra á los discípulos cuando cometen graves faltas contra la disciplina. Allí



Escuela de Saint-Cyr. — La capilla.

llevan sus libros y cuadernos para poder trabajar. Las salas de policía están vigiladas por un sargento de servicio.

V. — LEVANTAMIENTO DE PLANOS.

Entre los cursos profesados en la Escuela, hay los de topografía, fortificacion y artillería que van acompañados de ejercicios prácticos sobre el terreno.

Los ejercicios de topografía consisten en los levantamientos de planos, nivelamientos y reconocimientos militares. En otro tiempo los discípulos levantaban el plano de todas las cercanías de la Escuela y practicaban reconocimientos militares hasta unas dos leguas de distancia, lo que les proporcionaba la ocasion de almorzar alegremente sobre la yerba; pero algunos desórdenes que se manifestaron con este motivo hicieron que se suprimieran estas expediciones lejanas. En el dia los ejercicios topográficos se hallan reducidos al levantamiento del plano de la Escuela y del polígono, pero como la instruccion práctica de los discípulos se halla mutilada en la parte mas interesante, en los reconocimientos militares se trata de restablecer el sistema abolido.

VI. — OBRAS DE FORTIFICACION.

Consisten estas obras en la reparacion de la bateria del polígono, la construccion de plata-formas, el trazado de los trabajos, la construccion de una obra de fortificacion pasajera con bateria y las diferentes especies de revestimiento, la construccion de paralelas y de trincheras y la confeccion de gaviones, faginas, etc. Todos estos trabajos se hacen bajo la direccion de un oficial superior de ingenieros y de dos capitanes de infantería.

VII. — EJERCICIOS DE ARTILLERIA.

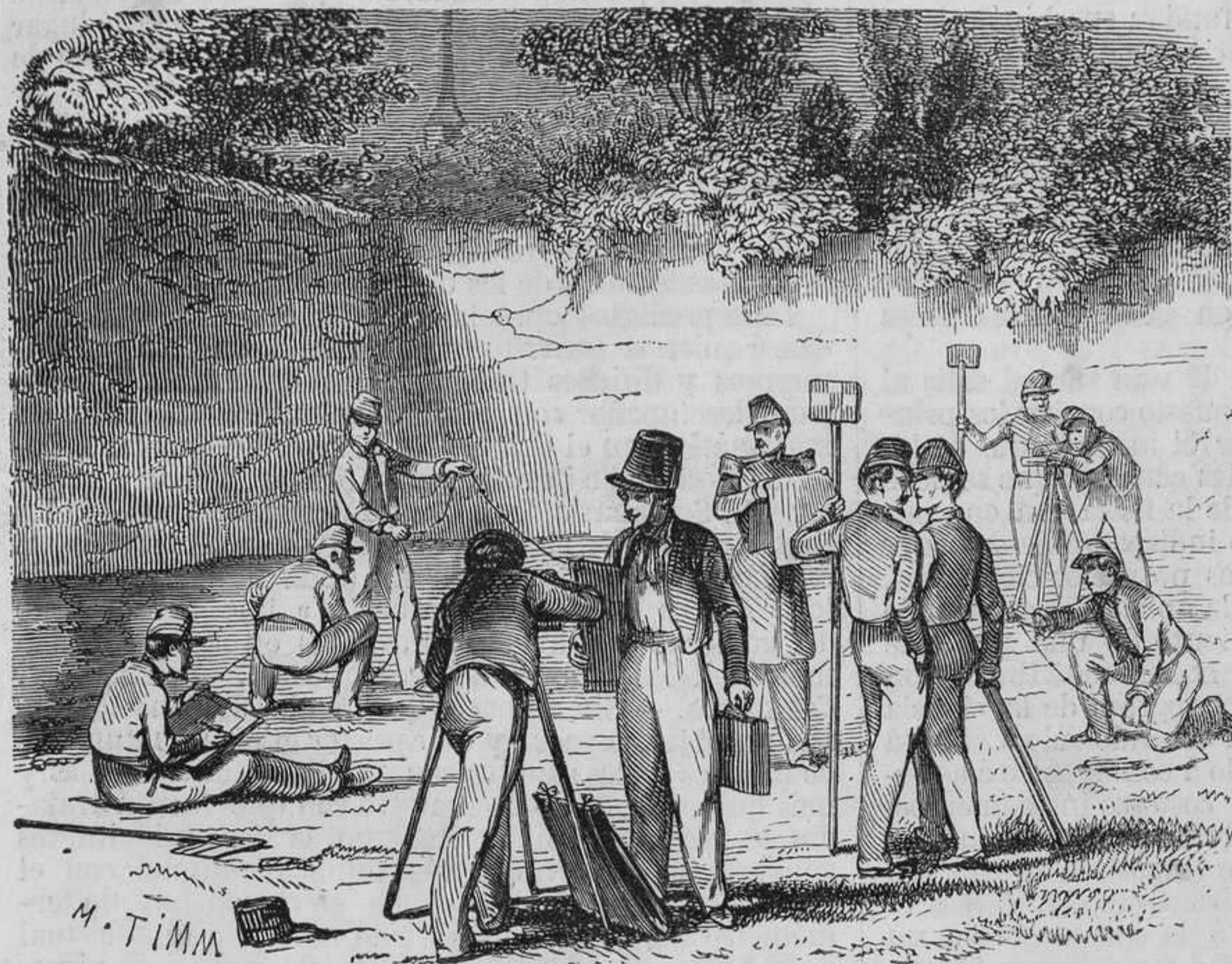
Los ejercicios de artillería consisten en la maniobra de las piezas de campaña y de sitio, los obuses, morteros, etc., pri-



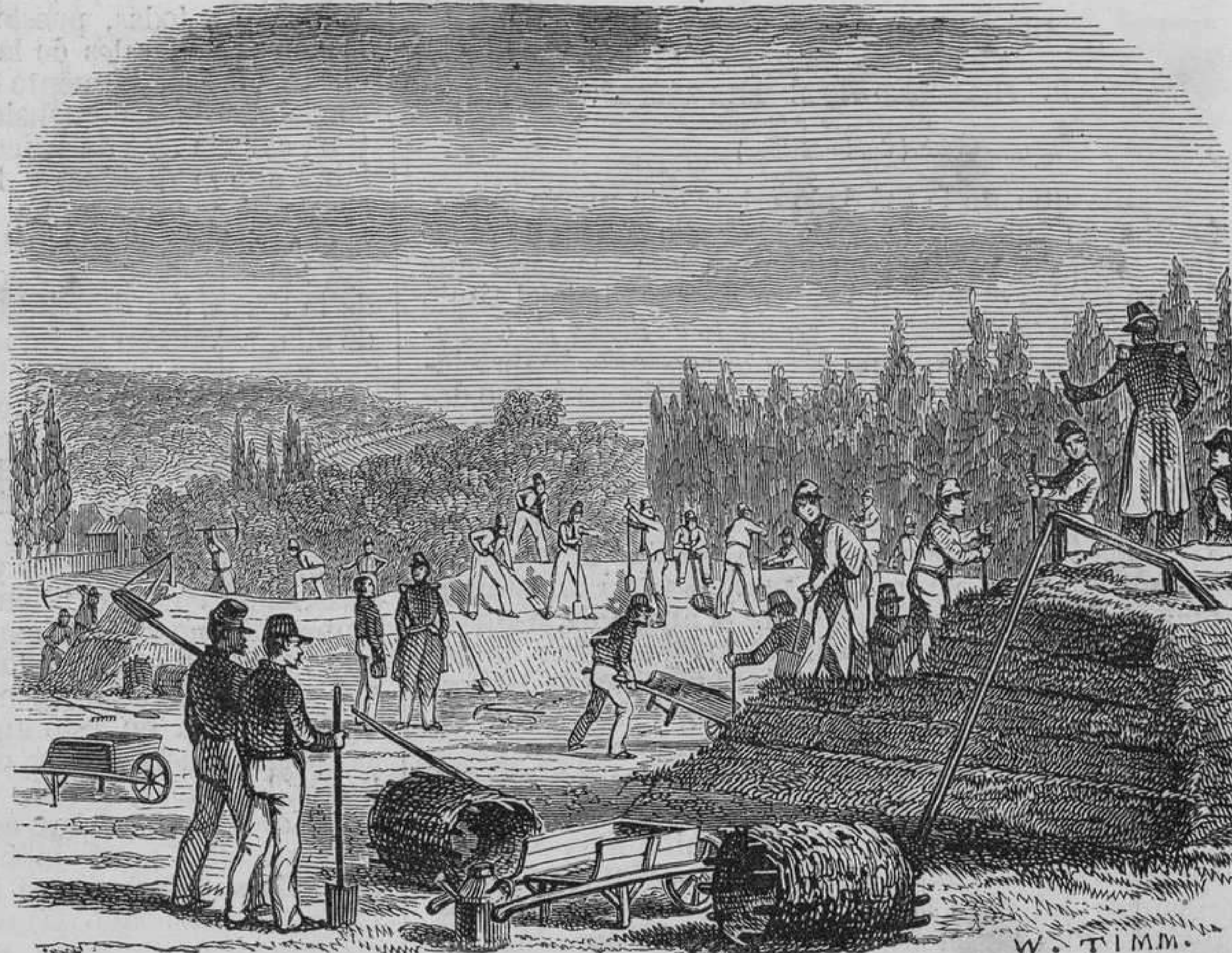
Escuela de Saint-Cyr. — La sala de policía.



Escuela de Saint-Cyr. — El peloton de castigo.



Escuela de Saint-Cyr. — Los discípulos levantando un plano.

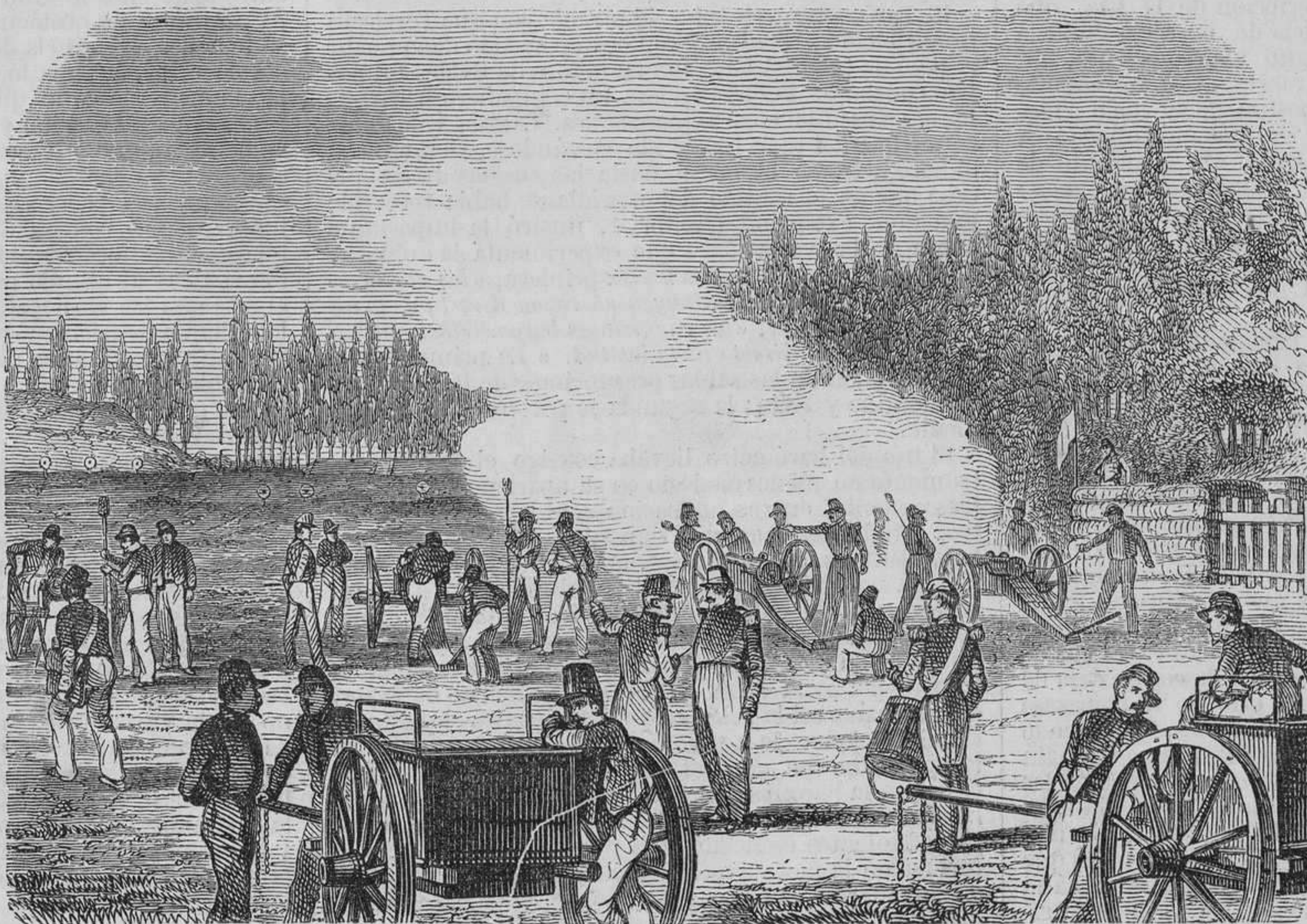


Escuela de Saint-Cyr. — Los discípulos trabajando en una fortificación.

mero sin carga y luego con ella. Estos ejercicios se hacen bajo la dirección de un comandante de escuadrón de artillería, de un capitán y de cuatro ayudantes del mismo cuerpo. La batería del polígono se compone de ocho piezas de campaña, con piezas de sitio y de plaza, obuses y morteros. Cada discípulo recibe veinte lecciones de ejercicio de fuego y apunta las piezas diez y nueve veces.

VIII. — LOS EJERCICIOS DE FUEGO.

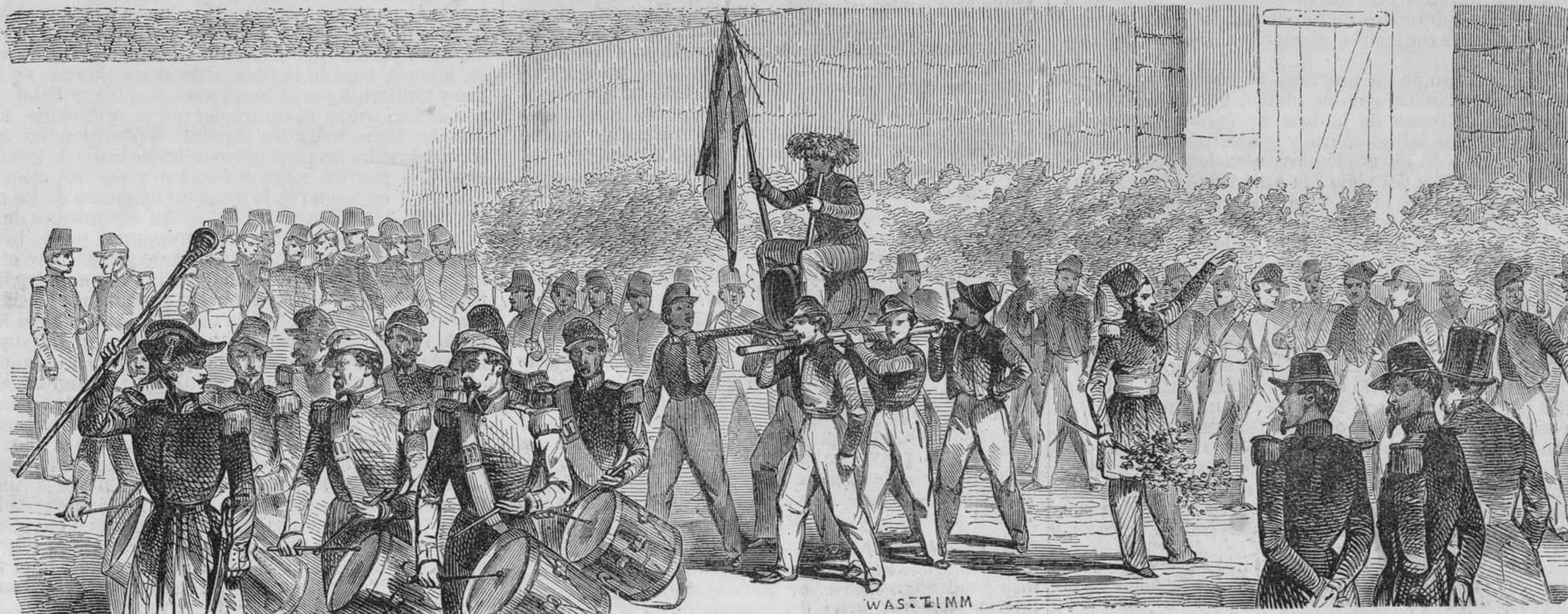
Estos ejercicios proporcionan frecuentemente la ocasión de una ceremonia alegre que quita por una hora á la Escuela de Saint-Cyr su monotonía ordinaria. Cuando una bomba llega á caer sobre el blanco indicado por un tonel que ponen á la punta de un palo, se da un triunfo al que apuntó la pieza. Entonces á los gritos de *viva el oficial!* colocan al discípulo en unas anjarillas cubiertas de verdura, coronado y sentado sobre el tonel donde pegó la bomba; le llevan en hombros los compañeros que le rodean y van con



Escuela de Saint-Cyr. — El polígono.

ramas de álamo en la mano y lanzando gritos de alegría; todo el personal de la Escuela se reúne con ellos. La comitiva precedida de la banda de tambores y escoltada por un piquete armado recorre la batería, el campo de Marte, y el patio de Wagram haciendo evoluciones en todos sentidos amenizadas con mil locuras; á veces la Escuela se encuentra con el general y el estado-mayor que vienen á presenciar esas alegres demostraciones. Entonces se entonan todas las canciones hechas por los poetas de la Escuela, poetas desconocidos que no ambicionan la gloria académica, y cuyos versos mas que de elegancia poética se hallan llenos de ideas generosas, pero en los cuales se encuentra al menos todo lo que hace latir el corazón de la Francia, como la gloria del imperio, los recuerdos de las campañas de Africa y los últimos triunfos de las armas francesas. La ceremonia se concluye con la caída del triunfador, que baja de su tonel al ruido del tambor y á los gritos mil veces repetidos de *viva el oficial!*

J. P.



Escuela de Saint-Cyr. — El triunfo del tonel.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

D. FRANCISCO JOSÉ DE CÁLDAS.

(Continuación.)

Se sabe que no le fué dado erigir este nuevo monumento á su fama, y la posteridad solo conoce de él las ideas generales vertidas en una preciosa memoria que publicó Cálidas el 8 de diciembre de 1807 bajo el título de *Estado de la geografía del virreinato de Santa Fe de Bogotá con relación á la economía y al comercio*. Inapreciable opúsculo que llena todas las condiciones á que deben satisfacer los escritos de su género, y en el que á cada paso admira el lector al paciente é intrépido geógrafo que, rodeado de las privaciones y de los peligros que corre el viajero en estas vastas soledades, donde la mano de la civilización aun no ha vencido los obstáculos que opone la naturaleza, pudo llevar á cabo tantas y tan exactas observaciones sobre la altura de las montañas y de los volcanes, la situación geográfica de los lugares, el curso de los ríos, la configuración de las costas, la naturaleza del clima, del suelo, de las producciones y hasta de las costumbres de sus moradores.

Fuera del territorio neogranadino en los mismos objetos hubiese parado toda su consideración, á poder realizar un vasto plan de viaje de Quito á la América septentrional haciendo escala en las Antillas, que á principios del siglo actual presentó al señor Múñiz, y cuyos detalles hacen creer que Cálidas hubiera compartido con el barón de Humboldt la gloria de dar á conocer científicamente las riquezas naturales que se registran en aquellas regiones. Como hijo de Puerto Rico no puedo menos de lamentar de un modo especial que no se realizara este viaje, porque es muy probable que á él hubiéramos debido una descripción de la Isla, que hasta hoy ha tenido la desgracia de no ser estudiada bajo su aspecto físico por ningún viajero célebre, sin que hayan sido parte para atraerle ni su interesante posición geográfica, ni la hermosura de su suelo. ¡Plegue al cielo que en el porvenir sea mas afortunada!

Respecto á la provincia de Quito era el intento de Cálidas ocuparse en una obra de grandes consecuencias: la determinación de los puntos extremos de la base de Yarúqui y en su rectificación, acerca de cuyo asunto escribió una memoria que corrió la misma suerte que la mayor parte de los escritos que salieron de su elocuente pluma.

Cuando en 1735 llegaron al Ecuador los académicos franceses, Bouguer, Godin y La Condamine, con el objeto de determinar la magnitud del grado del meridiano en la proximidad á la línea, escogieron como base de sus operaciones geodésicas la llanura de Yarúqui para calcular por su medio la distancia itineraria entre los dos puntos, cuya diferencia de latitudes dándoles la amplitud del arco, les suministraba el otro dato indispensable para la solución del importante problema que habian ido á buscar lejos de la patria. Terminados los trabajos, en que tomaron parte nuestros ilustres marinos D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, hizo levantar M. de La Condamine dos pirámides en los extremos de la citada base de Yarúqui llevado del deseo, en caso de comprobación de sus trabajos, de que no se tropezase con los inconvenientes que se encontraron queriendo verificar la base que en 1670 sirvió á Picard para un fin análogo. Al redactar la inscripción que apareció en las pirámides no anduvo muy largo M. de La Condamine en la exposición del favor que á la empresa habia dispensado S. M. C.; y al hacer la reseña de los sabios que la habian llevado á feliz término, desconoció la hábil cooperación de los señores Juan y Ulloa pasando en silencio sus nombres. Elevaron queja los sabios españoles contra este proceder, y obtuvieron del gobierno supremo un mandato para la destrucción de las pirámides elevadas por M. de La Condamine y la construcción de otras que llevasen una nueva inscripción. La historia sabe que las pirámides fueron demolidas y que por incuria, triste es confesarlo, quedaron sin ser reemplazadas (1).

Cálidas, celoso de los progresos de las ciencias, intentaba reparar tan lamentable olvido, fijando definitivamente los extremos de la base de Yarúqui conducido por las noticias astronómicas y geométricas contenidas en los escritos de los académicos mencionados, y en la *Relación histórica* del viaje á la América meridional publicada por Juan y Ulloa; y lo que es mas, intentaba rectificar, valiéndose de la longitud del péndulo que bate segundos en Quito y de las mejoras introducidas en los procedimientos geodésicos, la extensión de dicha base, así como rectificó la longitud de la misma ciudad calculada antes por Bouguer y La Condamine.

Las ciencias que se reparten hoy el estudio de la naturaleza pueden considerarse bajo el aspecto de la mayor ó menor generosidad, que las teorías que las distinguen deben al objeto que se propone cada una de ellas para concurrir con las demás á un fin común, á la solución del mismo problema. Que unas asienten su trono sobre la inmensidad de astros que pueblan el espacio; que otras quieran penetrar los misterios de la organización y de la vida; que estas sorprendiendo las afinidades y los elementos de los cuerpos estudien sus acciones íntimas; y que aquellas apoyándose en la es-

tructura de nuestro globo tracen la historia de sus revoluciones, todas, puesto que fundan sus hipótesis en las leyes generales de la materia, recurren á la física encargada especialmente de investigarlas y difundir su conocimiento. La extensión de los dominios de esta última ciencia está de acuerdo con la etimología de la palabra que la designa, y la aplicación de sus teorías es constante y fecunda. La atracción, el calórico, la luz, la electricidad, el magnetismo, todos los grandes agentes, todos los fenómenos, ora pasen ocultos en el interior de la tierra, ora se manifiesten en su superficie ó fuera de ella, reconocen su imperio.

A cada paso la comprobación de esta verdad salia al encuentro de quien se habia propuesto conocer los principios de la vegetación, calcular el movimiento de los astros y discutir las multiplicadas causas á que se debe el clima de un país. El estudio de la física era en consecuencia para Cálidas un medio indispensable de poner en práctica sus muchos y vastos proyectos científicos, recogiendo en justo premio de la aplicación con que lo emprendió no solo el cumplimiento de una parte de ellos, sino tambien la gloria de haber contribuido con sus propios descubrimientos al progreso de la ciencia que me ocupa en este instante. Abandonado Cálidas á sus propias fuerzas vióse obligado á consagrarse á aquellas experiencias, que sin exigir costosos instrumentos, superiores por lo comun á la fortuna de un particular y de adquisición punto ménos que imposible en país tan atrasado y aislado como la Nueva Granada, deben el éxito favorable que las corona á la constancia de un observador fino y sagaz. Sagacidad y constancia reunida Cálidas, y la historia de los conocimientos humanos presenta pocos ejemplos de un empleo tan fecundo de estas dos cualidades, explicando ellas solamente la consecución de tamaños resultados con tan escasos medios auxiliares.

El barómetro, ese tubo admirable con que Torricelli immortalizó su nombre y con el que ha sido dado medir el peso de la atmósfera, fué en manos de Cálidas un objeto constante de observación, un compañero inseparable en sus dilatadas exploraciones. Cálidas, que desde las orillas del mar habia ido elevándose, siempre con el barómetro en la mano, hasta las cuestas de los Andes; que en el sentido del meridiano habia recorrido una gran extensión territorial, ilustró la importante teoría de las variaciones que experimenta la columna barométrica con estas dos leyes: primera, «*las variaciones barométricas disminuyen en razon directa de la altura*»; segunda, «*las variaciones barométricas aumentan en razon directa de la latitud*». La primera es la confirmación de las sabias presunciones de Bouguer, La Condamine y Juan: la segunda le pertenece exclusivamente.

El uso del barómetro llevaba consigo el de otro instrumento no ménos modesto en su apariencia, ni ménos trascendental en sus indicaciones, el uso del termómetro: estudiarlos comparativamente á diversas alturas y bajo distintas circunstancias, apoderarse de sus relaciones era natural y lógico. La determinación de los puntos extremos de la escala termométrica, estando íntimamente ligada con el cambio de estado de los cuerpos, condujo á Cálidas, como por la mano, á examinar el tránsito del agua de su estado de liquidez al de vapor, descubriendo así la relacion que existe entre el punto de su ebullición y la presión de la atmósfera, entre la temperatura que acusa el termómetro y la longitud de la columna barométrica. La índole de su genio que sabia hermanar las especulaciones mas abstractas con los procedimientos esencialmente prácticos, le hizo no detenerse en la mera exposición de este resultado, y Cálidas, avanzando en el camino que se habia abierto, dedujo: «*que la altura de las montañas se puede medir con el termómetro como se hace con el barómetro*».

La predicción de Cálidas ha quedado cumplida con el descubrimiento del hipsómetro, mientras que á él, que persiguiendo esta idea subió cargado con sus instrumentos cuatro veces á los Andes de Popayan, que se elevó por tres á la altura del Pichincha, que escaló otras muchas montañas célebres, que llegó á consignar en una memoria que dedicó á Múñiz todos sus trabajos originales en la materia, no le fué dado en premio de tanta fatiga enriquecer la ciencia con este nuevo instrumento, ni presenciar siquiera la realización que en la culta Europa habia de tener su descubrimiento (1).

Los trabajos originales del distinguido físico popayanes vienen á ofrecerse en prueba del aislamiento en que se encontraba, de la heroica constancia con que conquistó el renombre que le galardona. Así por ejemplo, cuando ya en el antiguo mundo era cosa sabida que el vapor de agua necesitaba de distintas temperaturas para vencer con su tensión la mayor ó menor presión de la atmósfera, Cálidas se veía obligado en las comarcas de la América meridional á elevarse por la fuerza de su genio hasta una verdad que ya otros habian puesto al comun alcance. Largo tiempo suspiró, según sus propias palabras, por conseguir la fórmula barométrica de Laplace y Biot, en que estos dos sabios, despues de haber deducido por procedimientos analíticos que las diferencias de nivel de dos capas de aire son proporcionales á las diferencias de los logaritmos de las alturas barométricas, calcularon un coeficiente general en que fueron apreciadas las variaciones de temperatura, la

(1) Creo oportuno recordar que los dos jóvenes hermanos Schlagintweit, distinguidos geógrafos de Munich, que han publicado recientemente sus viajes á los Alpes, se han servido con feliz éxito del hipsómetro de M. Regnault, cuyos resultados han convenido, salvo pequeñas diferencias, con los obtenidos por medio del barómetro.

disminución de la gravedad, la influencia del vapor de agua y la no ménos importante de la latitud del lugar en que se verifica la observación. — La situación de Cálidas nos recuerda aquella angustiosa época de la civilización europea, en que perdida entre el tumulto de las armas la tradición científica y ocultos en medio de ruinas los manuscritos, depósitos del saber de Grecia y Roma, trabajaban silenciosamente en la misma noble empresa los restauradores del culto de Minerva ignorados los unos de los otros.

Tales prodigios obra la actividad humana, que Cálidas, á quien se ha visto con sorpresa dedicado á tan numerosos y difíciles trabajos, aun encontraba tiempo para desempeñar con general aplauso una cátedra de matemáticas en el Colegio Real Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá, y para fundar, dirigir y redactar «*El Semanario de la Nueva Granada*», uno de los periódicos mas originales que se hayan escrito en lengua española y digno de figurar sin duda alguna al lado de los «*Anales de ciencias naturales*» que por encargo del gobierno publicaron poco antes en la capital de la metrópoli los señores Herrgen, Proust, Fernandez y Cabanilles. — Sin embargo de que el «*Semanario*» tenia un objeto especial y un carácter local, la naturaleza de muchos de los asuntos con que llenó sus columnas y mas que nada, el modo maestro con que fueron tratados le recomiendan en extremo, le hacen de interés general. Mientras vió la luz pública cumplió con el plan patriótico de su programa, sirviendo hoy de termómetro para juzgar del estado de cultura intelectual de la Nueva Granada á principios del siglo y en vísperas de caer sobre aquella hermosa tierra el azote de una sangrienta revolución política. En dicho periódico se distinguieron varios colaboradores ilustres, los Restrepo, los Zalazares, los Lozanos y los Camachos, descollando entre todos ellos la gran figura del malogrado Cálidas. Al pensar en los obstáculos que oponian al desarrollo de su benéfico proyecto la desidia de unos, la rastrera envidia de otros, la mala fé de no pocos y la ignorancia de la mayor parte de los que le rodeaban, siéntese uno penetrado de admiración y reconocimiento hácia el infatigable sabio, que ofrece en el altar de la patria el holocausto de su sosiego y de su salud ávido siempre de consagrar sus poderosas facultades á la bella obra de ilustrar á sus conciudadanos y de representar dignamente el nombre español. Cálidas es una de esas criaturas venidas al mundo para derramar mil bienes sobre el país que las ve nacer mientras que este goza de su laboriosa existencia, y para cubrirlo de gloria despues que entregan su alma al Criador, el único capaz de recompensarlas.

Hay en la república literaria una cosa mas difícil de alcanzar que el llegar á comprender los sistemas de los grandes pensadores, que el atesorar un rico caudal de conocimientos, y es el arte de escribir, es ese conjunto de cualidades y conveniencias que se llama estilo. Para lo primero basta la laboriosidad que es recompensada con creces; en lo segundo, sus esfuerzos solo llevan al ánimo el decaimiento que nos aleja desabridos de una tarea en que las fuerzas se consumen inútilmente. *El estilo es el hombre*, es la fiel expresión de la sensibilidad hermanada con el buen gusto, y como el arte no puede crear la facultad de sentir, no le es dado sino modificarlo. El que no sienta vibrar todas las cuerdas de su alma á la vista de la inocencia perseguida, del mérito desconocido; el que contemple sin emoción los grandes espectáculos de la naturaleza y las revoluciones porque ha atravesado la humanidad; el que no se apasione en fin por lo bello y lo sublime, arroje la pluma de la mano y no espere la inmortalidad que solo aguarda al escritor á quien inspira el entusiasmo.

Plugo al cielo hacer á Cálidas el rico don de esa sensibilidad exquisita y de una imaginación brillante, dotes con que supo embellecer los asuntos que trataba por áridos que de suyo fuesen, y colocarse á la altura de las majestuosas escenas que describió. ¡Con cuántos encantos da á conocer la posición de la Nueva Granada! Oigámosle sino: «*La posición geográfica de la Nueva Granada, dice, parece que la destina al comercio del universo. Situada bajo de la línea á iguales distancias de Méjico y California por el Norte como de Chile y Patagonia por el Sur, ocupa el centro del nuevo continente. A la derecha tiene todas las riquezas septentrionales, á la izquierda todas las producciones del Mediodía de la América. Con puertos sobre el Pacífico y puertos sobre el Atlántico, en medio de la inmensa extensión de los mares, lejos de los huracanes y de los carámbanos de las extremidades polares de los continentes, puede llevar sus especulaciones mercantiles desde donde nace el sol hasta el ocaso. Mejor situada que Tiro y que Alejandría, puede acumular en su seno los perfumes del Asia, el marfil africano, la industria europea, las pieles del Norte, la ballena del Mediodía, y cuanto produce la superficie de nuestro globo. Ya me parece que esta colonia afortunada recoge con una mano las producciones del hemisferio en que domina la Osa, y con la otra las del opuesto; me parece que se liga con todas las naciones, y que lleva al polo los frutos de la línea, y á la línea las producciones del polo. Convengamos: nada hay mejor situado en el viejo y en el nuevo mundo que la Nueva Granada. No nos deslumbremos con las riquezas de Méjico y la plata del Potosí. Nada tenemos que envidiar á estas regiones tan ponderadas. Nuestros Andes son tan ricos como aquellos, y el lugar que ocupamos es el primero. El Perú arrinconado allá en una zona estéril sobre las costas del Pacífico, Méjico con una situación mas feliz en los confines de la zona tórrida y templada ¿ pueden contar como nosotros con el número prodigioso de*

(1) En la Biblioteca nacional de Madrid existe un manuscrito que contiene el extracto de los autos seguidos en la audiencia de Quito, entre los tres académicos franceses y los dos jóvenes matemáticos españoles D. Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa.

rios, de estos canales cavados por las manos de la naturaleza, por donde algun día deben correr nuestras riquezas desde el centro á las extremidades? Buenos-Ayres, el Brasil, la Guayana, Carácas, las provincias independientes del Norte, el Canadá, etc., no pueden venir al Sur sin correr los peligros de Magallanes, y no pueden pasar al Oriente sin visitar el cabo mas meridional del Africa tan temido de los navegantes. La Nueva Granada tiene en su arbitrio mandar sus buques á la China y á la Europa, á la Groenlandia y Kamtschatka sin tocar con aquellas puntas borrascosas que tanto retardan el comercio de las naciones. Esta es nuestra situacion y estas son las relaciones que tenemos con todos los pueblos de la tierra. »

JOSÉ JULIAN DE ACOSTA Y CALBO.

(Se concluirá.)

LA DONCELLA DE ASMENGOL.

¿Adónde vais caballero
Caballero vencedor
Del torneo mas brillante
Que sol alguno alumbró?
No me detengas un punto
Que hartó mi pecho esperó
Hasta calzar las espuelas,
Hoy premio de mi valor.
— ¡Quedamos solo esta noche!
— No me detengo mas, no.
Que me quede ó que me vaya
¿Qué te importa, trovador?
¿Qué me importa?... ¿De mis cantos
No sois el héroe vos?
Vénte conmigo, y tus trovas
Empleo hallarán mejor.
— ¿Vais acaso á otro torneo?
— Voy á un torneo de amor.
Dos años ha que ofrecido
Me tiene su corazón
Para cuando calce espuelas
La doncella de Armengol.
— Vine ayer de su castillo;
Antes de ayer se casó.
— No puede ser, que su mano
Cuando partí me ofreció:
Si tornaba caballero
Y ya caballero soy.
— El himno de desposada
De mis labios escuchó.
— ¿Si me engañarás, villano?
Dijo, y al trote partió.
— ¿Qué buscáis en el castillo?
Dejad goce su señor
La ventura que himeneo
Sobre su lecho esparció.
— ¿Tiene dueño este castillo?
— Cuatro dias ha con hoy.
— ¿Se ha casado su señora?
— ¿Quién lo ignora sino vos?
Triste quedó el caballero;
Triste... muy triste quedó:
Pero despues de un instante
Dijo: — Alienta corazón,
Que si te falta una dama
Te quedan tu espada y Dios.

JOSÉ S. DE BIEDMA.

Una velada en Triana.

Era la víspera del 26 de julio, día de la Señora Santa Ana, patrona del barrio de Triana en Sevilla, cuya poblacion parecia bajar en masa á rendir su homenaje á la abuela del Redentor, cruzando el vetusto puente de diez barcas, que con sus oscilaciones sube orgulloso en las crecidas y se humilla dócil en la calma hasta el abismo de las aguas. Sus banderas y gallardetes, sostenidos por las figuras de los emperadores y reyes que sucedieron á Trajano, de quien es fama nació Triana, heredera de la famosa Itálica; los pabellones y banderas que izan los buques, surtos en el puerto; la animacion de las gentes que en tropel atraviesan el puente, la premura con que otros flotan lanchillas para surcar mas pronto el Guadalquivir, y la hermosa perspectiva que desde el centro del puerto presentan ambas orillas colmadas de pueblo, que ó quieren embarcarse ó gozar

de este panorama que se presenta á su imaginacion, forman una pintura vespertina, cuyo interés crece por momentos, segun la noche se acerca. Por un lado se presenta la erguida torre del Oro, testimonio de la antigüedad y de la historia contemporánea del real alcázar, desde el cual se comunicaba á aquella por una magnífica galeria cerrada, igual á la que principia en su recinto actual, y cruzando por la puerta de Jerez se enlazaba con la torre, á la cual venian los reyes moros á fletar sus galeras y vigilar sus aguas. Don Pedro y doña María Padilla posteriormente á exhalar los suspiros de sus amores, y D. Carlos V y sucesores á esperar las flotas, cuyos productos la dieron otro nuevo nombre. Aislada hoy y elevada entre hermosos paseos, todavía conserva su belleza y nombradía, y si bien ni alberga reyes ni tesoros, permanece de enseña de los navegantes, de consuelo á los enamorados, y de recreo á los amantes de las glorias sevillanas. Situada en la misma margen del Bétis, asemeja una diosa circundada de diversidad de naves que apuestan elevar sus pabellones y banderines á la altura de sus almenas, y siempre quedan mas bajas que el erguido castillo de los moros.

Por el lado setentrional del puente se divisa la extension del rio, que dobla á la vista de una cordillera sembrada de olivares y viñedos, entre los cuales se nota la blancura de sus pueblos y la belleza de sus torres árabes. Descuella á corta distancia la Cartuja de las Cuevas, antiguo monasterio, cuya iglesia guarda los sepulcros de los duques de Alcalá, con multitud de mármoles y jaspes que constituyen un museo de preciosidades. Hoy se ostenta allí la fábrica de loza, cuya hermosura ha competido con la inglesa; abastece ya á toda España, y ha creado en otras provincias esta fabricacion, casi desconocida anteriormente.

Nada mas atractivo que la travesía al hermoso barrio de Triana por su puente de barcas; las vistas que le circundan, el bamboleo de aquellas al sentir el peso de las gentes y los carruajes; la suavidad de su pavimento; los asientos laterales en las proas y popas de las barcas; el ruido y bullicio del pueblo, y el sonido de las olas, forman un conjunto difícil de describirse. En la víspera de su patrona se halla tambien rodeado de vendedores que embellecen su tránsito, y que siguen en uno y otro lado en hileras iguales por la calle Larga, y cuatro laterales hasta llegar á la parroquia de Santa Ana.

Confúndense en su templo las gentes, las edades y los sexos: la risueña y agradable sevillana, con su larga y tendida mantilla, su vestido negro henchido por su miriñaque, y su ajustado y apuesto calzado, único resto de su antiguo traje; la graciosa y voluble gaditana, con su vestido mas ceñido y ostentador de sus contornos; las serranas, enjaezadas con sus perlas y collares, desfigurando con la imitacion de las modas de las ciudades, la hermosura que poseerian superior á la de aquellas; las cigarreras, multitud baja de Sevilla, con sus trajes de moda, con pañolon en todo tiempo, puesto con tal arte que nada tape; pero conservando los antiguos adornos de cabeza y calzado, que tanto embellecian á las andaluzas; las gitanas, en fin, de color de cobre, nariz aguileña, cara larga y expresiva, ojos rasgados y centelleantes, su pañuelo terciado y su brazo en jarras; el señorito andaluz, con bigote y perilla, pecho alto, presencia erguida y traje soberbio; el sevillano con su marsellés madrileño de alamares de plata, su pantalon corto, su botín ondulado y su sombrero enmadroñado de terciopelos; el jerezano, descubriendo su esbelta forma con el pantalon de punto azul y bien ajustado; el gaditano, casi dispuesto á presentarse en la lid á menudear el vicho; el gitano, con su ropaje variado, sus formas decaídas, su limpieza bien diferente á la de ellas, y su mirar sagaz y avisor; todos allí deponeando su genio, gracias y carácter, rinden su gratitud á la santa patrona que celebra la antigua Trajana.

Habia acabado ya el predicador su sermón, en que despues de enumerar la antigüedad del culto que á nuestra Señora Santa Ana profesa el arrabal de Triana, igual á la de este, que considero mas antiguo que Sevilla, y que conoció la gloriosa Itálica, madre de emperadores romanos, con la que parte su fama, atribuyéndose serlo de Trajano, vino á referir los beneficios que la patrona ha hecho repetidamente á los 13,000 vecinos de Triana, y especialmente los milagros obrados en la inundacion del Guadalquivir de 1626, en la peste de 1673, en los terremotos posteriores en que hasta la Giralda se bamboleó, y en la arriada de 1796, concluyendo con los favores que tiene prodigados á sus devotos feligreses. Una gran orquesta de innumerables voces y escogidos instrumentos hinchó las naves del templo, y dejó oír los cantos y composiciones con que un día enriqueciera á Sevilla el ya célebre maestro Esclaba, que llenó de discípulos su patria, y á su nacion de fama musical. Al salir del templo cubria ya el horizonte el crepúsculo con que el astro solar se despide de los mortales, y estos parecia que le disputaban sus resplandores con otros que su genio hacia suplir á la falta de aquel, al cual, si bien no podian reemplazar, lograban al ménos deslumbrar su vista con tan radiantes y multiplicadas luminarias.

Las hileras de puestos mercantiles, simétricamente colocados en las anchas calles que hemos referido, aparecen con su candilón colgado en alto delante de su mercancía, despidiendo fragante llama, y la multitud y armonía de estas, la dilatada vista que á lo largo presentan y la extraordinaria perspectiva que á bastante distancia ofrece, son pinturas mejor para concebidas que para descritas. Despues de recorrer en esta forma las tres mas anchas y hermosas calles de Triana, otro

panorama mas variado deleita la vista y presta en aquel dia un ornamento á Sevilla y su arrabal. La calle Larga del muelle, iluminada del mismo modo por sus ambulantes mercaderes, refleja sus resplandores sobre la corriente del Bétis, en cuyo seno se ve brillar los mismos fulgores de su orilla, formando la mas deliciosa perspectiva que imaginarse pueda. Allí los turroneos y jaleas de todas clases y países, el cascajo que tanto se encomia en navidades; las frutas y dulces de todo género y estaciones, y el arroz con leche en grandes fuentes vendido por menor, colocado todo en blancos y hermosos manteles y con la mayor limpieza, son objetos tan dignos de notarse como la multitud de gitanas que con sus sartenes y barreños fabrican redondos, nutridos y pequeños buñuelos, con que convidan á los transeuntes ofreciéndoselos en bancos, de que se hallan graciosamente rodeadas. Vestidas de blanco las hijas de Egipto, con sus aderezos, zarcillos y pulseras, pregonan el precio de su fabricacion, interin las mas jóvenes, interpoladas en el paseo, convidan á los transeuntes con las mas almiaradas frases: «Zaleroso, ¿no toma Vd. para estas bellas niñas una librita de buñuelos?» «Hermosa mia, ¿no conquista Vd. á esa alma de Dios, para que la regale un par de libritas?» Y no deja de ser frecuente, que abrazando á los convidados, los conducen á los bancos de su deidad, entre la algazara de los concurrentes, estando bien recibido aun de las personas de tono.

La vista del puente iluminado es el objeto principal de adorno de la festividad. Una fila de faroles á nivel de la barandilla del puente, otra de color en las guirnalda suspendidas sobre él, y otra en la bandera de cada uno de los diez barcos, forman una iluminaria brillante, de mucha simetria y de gran efecto. Empavesada cada barca con mas de cien farolitos entre gallardetes y banderolas, elevando á proa y popa su bandera nacional, sin contar las luces simétricas de las barandillas, reflejan miles de iluminarias, colocadas en armonía, una brillantez capaz de eclipsar la del mismo sol. Pasado el puente se presenta al mejor punto de vista de todo aquel sorprendente cuadro, desde la alameda de Sevilla. Una enorme y brillante ascua parece el arrabal de Triana, ó un volcan cuyo cráter es Triana, y cuya lava se vierte á la misma puerta de Sevilla.

Eran las nueve de la noche, hora propia de gozar la velada. Las gentes que volvian de la festividad religiosa, cedian al lado izquierdo del puente á los que de la ciudad bajaban á la fiesta nocturna. Estos, reunidos en familias, unos con guitarras, otros con flautas ó violines, y algunos formando orquesta, mostraban en su traje, ligero, blanco las mujeres, y chaqueta y chambergo los hombres, que llevaban tela cortada para no volver en toda la noche; algunos traian en cestos la prevencion ventricular, otros la buscaban en los refinados y montañeses, y no pocos, ya prevenidos, solo esperaban la buñolada con que todos concluirian su empresa.

Aposentándose cada círculo en las plazas ó calles anchas, ó en las orillas del Bétis, atronaban los aires con sus músicas, sus alborotos, sus cantares y sus gracias, y la media noche se deslizaba entre el estruendo de las bacanales. Llegaba ya la hora del pueblo egipcio, y cada puesto de las gitanas se veia rodeado de los adoradores de ellas y sus buñuelos, que sentados en círculos y cuadros animados, discurren acaloradamente sobre las bellezas de la naturaleza. La alegría, el alborozo y la confusion llegan á su término, y las caras mitades de aquellas diosas, que no habian dejado verse antes de hora tan avanzada, descienden á manadas de sus albergues setentrionales de Triana. A la vista de los gitanos toman mas cuerpo los bailes, músicas y canciones que ellos animan; nadie guarda ya su puesto, todos se confunden; las gitanas levantan sus campamentos, se susurra la falta de pañuelos, abanicos, sortijas ó algun reloj, si habia allí quien lo llevase; y se excurre toda la concurrencia, desapareciendo como el humo, y quiera Dios que sin dejar algun rastro de sangre humana.

Repléganse los que no han quedado derrotados á las casas particulares de Triana, en las que prosiguen los vinos y saraos, los dulces y refrescos, el vino, el gazpacho y los buñuelos hasta hacerse de día, en que cada uno prepara á su cuerpo el descanso que mas le conviene.

Otra vez se reproduce la misma fiesta dia y noche del siguiente, en que se obsequia á la santa patrona, y en que el barrio de Triana pone en circulacion muchos miles de reales; siendo esta velada la mejor, mas lucida y celebrada de las de Sevilla.

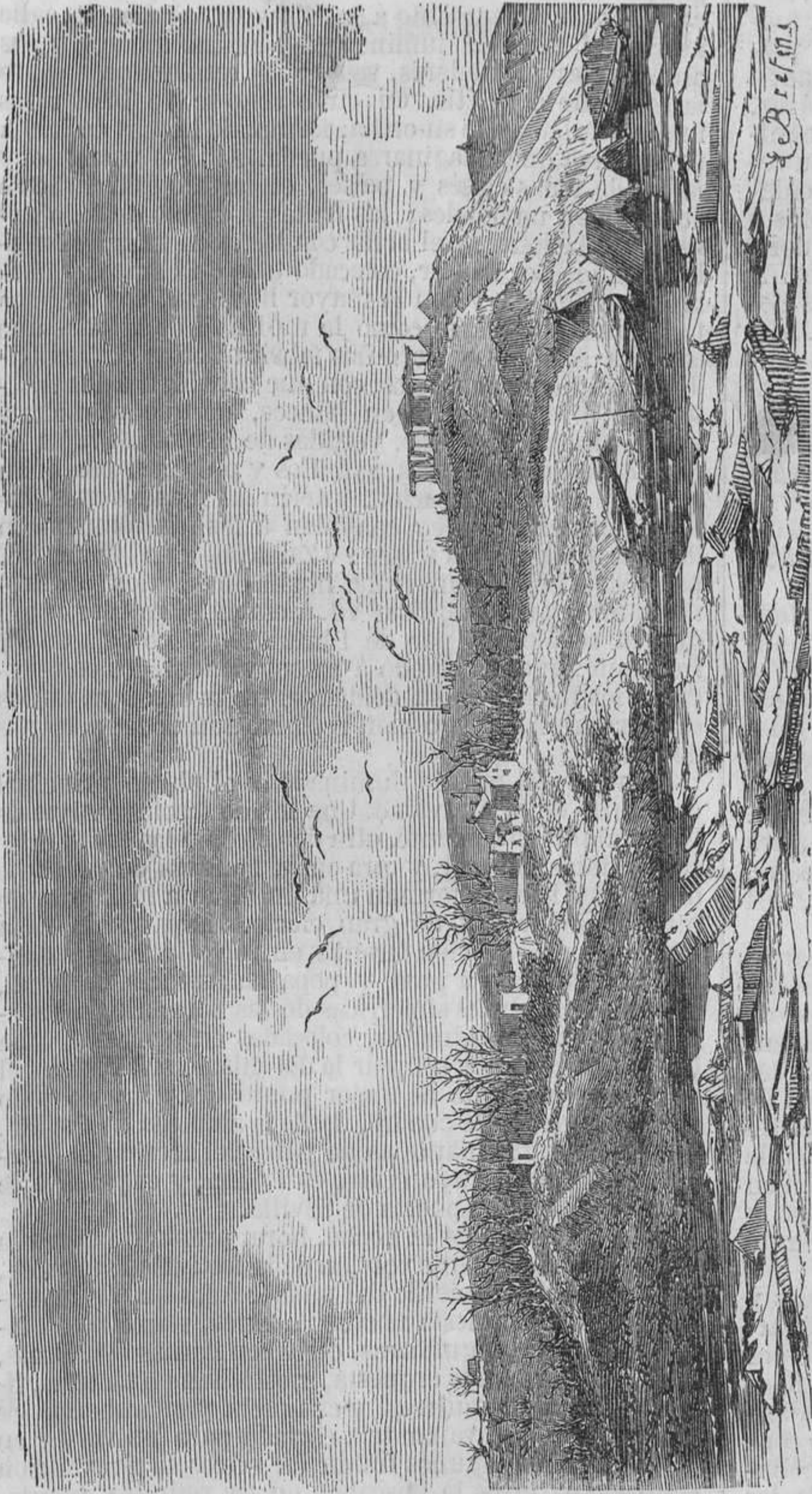
JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

Reconocimientos

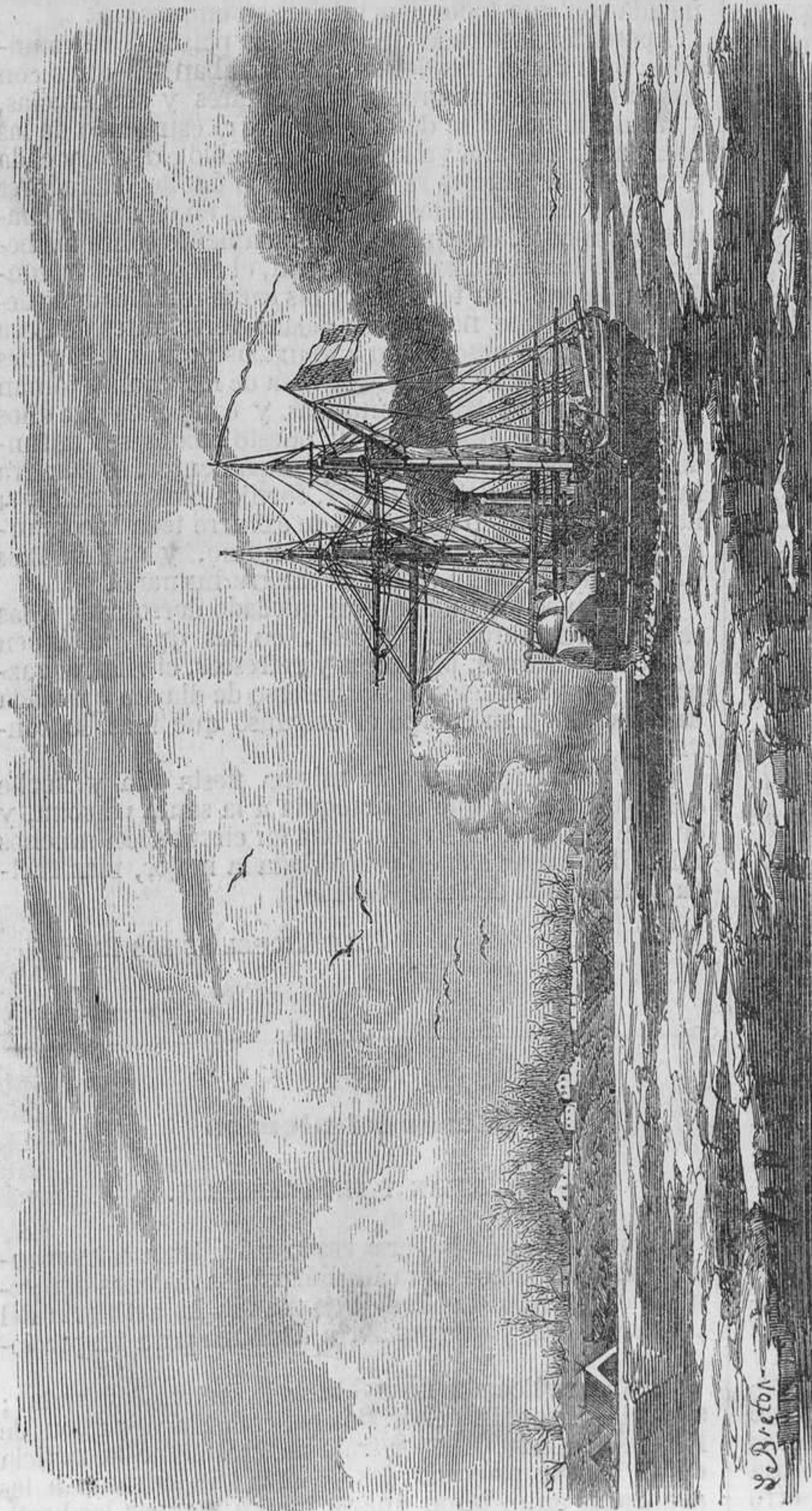
DEL MILAN Y DEL PHLÉGÉTON.

Poco despues de haber cerrado mi última correspondencia, aparejamos para Kinburn á las órdenes del general de division Lebeuf, que manda la artilleria del primer cuerpo y que pasaba á Kinburn para inspeccionar la plaza.

A nuestra llegada no habia nada nuevo que notar; solo el frio habia persistido, así como la desercion de los rusos. Cada desertor traia naturalmente la noticia de un ataque próximo; los últimos que llegaron á las avanzadas anunciaron que se iban á romper las hosti-



Casas y puestos de cosacos incendiados.



El Milan haciendo disparos sobre una aldea ocupada por los rusos.

lidades sin falta al día siguiente. Los rusos no sospechan que en vez de alarmarse con las amenazas, los nuestros esperan con impaciencia que se decidan a venir, pero la buena acogida que les tienen preparada y que seguramente conocen nos induce á creer que permanecerán tranquilamente en sus posiciones digan lo que quieran los desertores. A mayor abundamiento, como he dicho ya en otra ocasión, nuestros buques cogidos en los hielos están fortificados como posiciones de tierra, con emboscadas, cortaduras, empalizadas y parapetos, verdaderas obras de arte militar que obligarian al enemigo á presentarse por masas al fuego de las piezas de 50 núm. 1. Entretanto hemos practicado varios reconocimientos con embarcaciones; el general ha querido dirigir dos de ellos, uno en el Sur con el *Milan*, y el otro con el *Phlégion* en el Norte, esto es, hácia el Liman y Otchakoff.

El *Milan* en su reconocimiento envió á ciertas aldeas que se presumió ocupaban los rusos algunas bombas que incendiaron una porción de casas y diferentes puestos de cosacos.

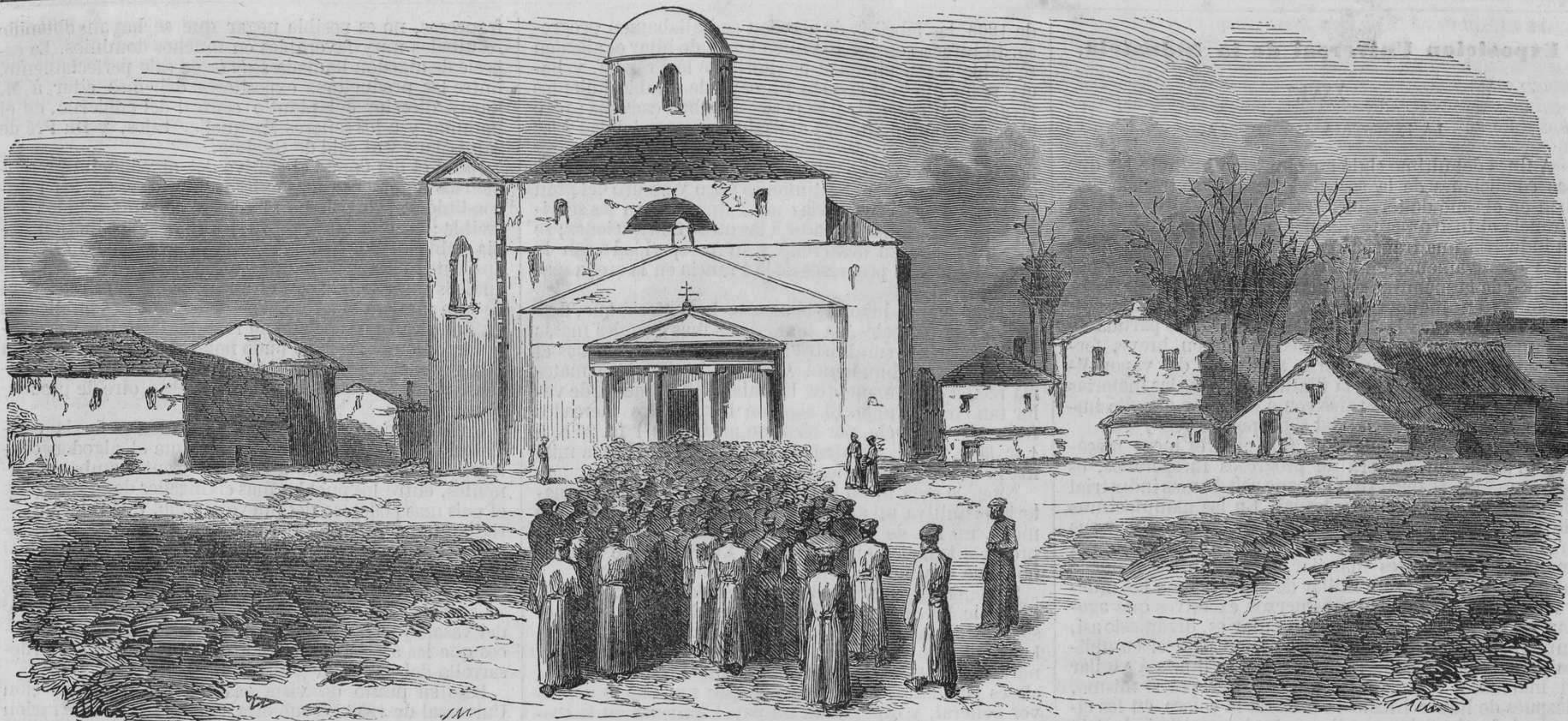
El general Lebœuf se volvió inmediatamente para seguir vigilando los ataques de los rusos, ataques bien en oposición con los rumores de paz que circulan y cuyas condiciones preliminares tan fácilmente aceptadas por el emperador de Rusia han sorprendido aquí á todo el mundo; sin embargo, preciso será rendirse á la evidencia y abandonar las sospechas de duplicidad que siempre se tienen cuando se trata de la diplomacia rusa.

El bonito pueblo de Nicolaieff donde hace muchos años ya, reside el almirantazgo, que en otro tiempo se halló establecido en Kherson, despues de haberse engrandecido á expensas de su rival, se halla á su vez en plena decadencia; su fuerte incendiado por los rusos no ofrece mas que un monton de escombros.

La fortaleza de Otchakoff que en otra época perteneció á los turcos con el nombre de *Ozu*, y que formaba entonces una ciudad considerable, se eleva no léjos de la mar sobre el Liman del Dnieper; las tropas rusas la tomaron dos veces, el 13 de junio de 1737, bajo el mando del mariscal Munich y el 6 de diciembre de 1788, bajo el mando del principe Potemkin. En el día no queda ningun vestigio en Otchakoff de la dominación turca; todas las construcciones musulmanas han sido destruidas y en su lugar se ve un llano ocupado únicamente por algu-



Vista de Otchakoff, tomada del interior del Liman, durante el reconocimiento del Phlégion.

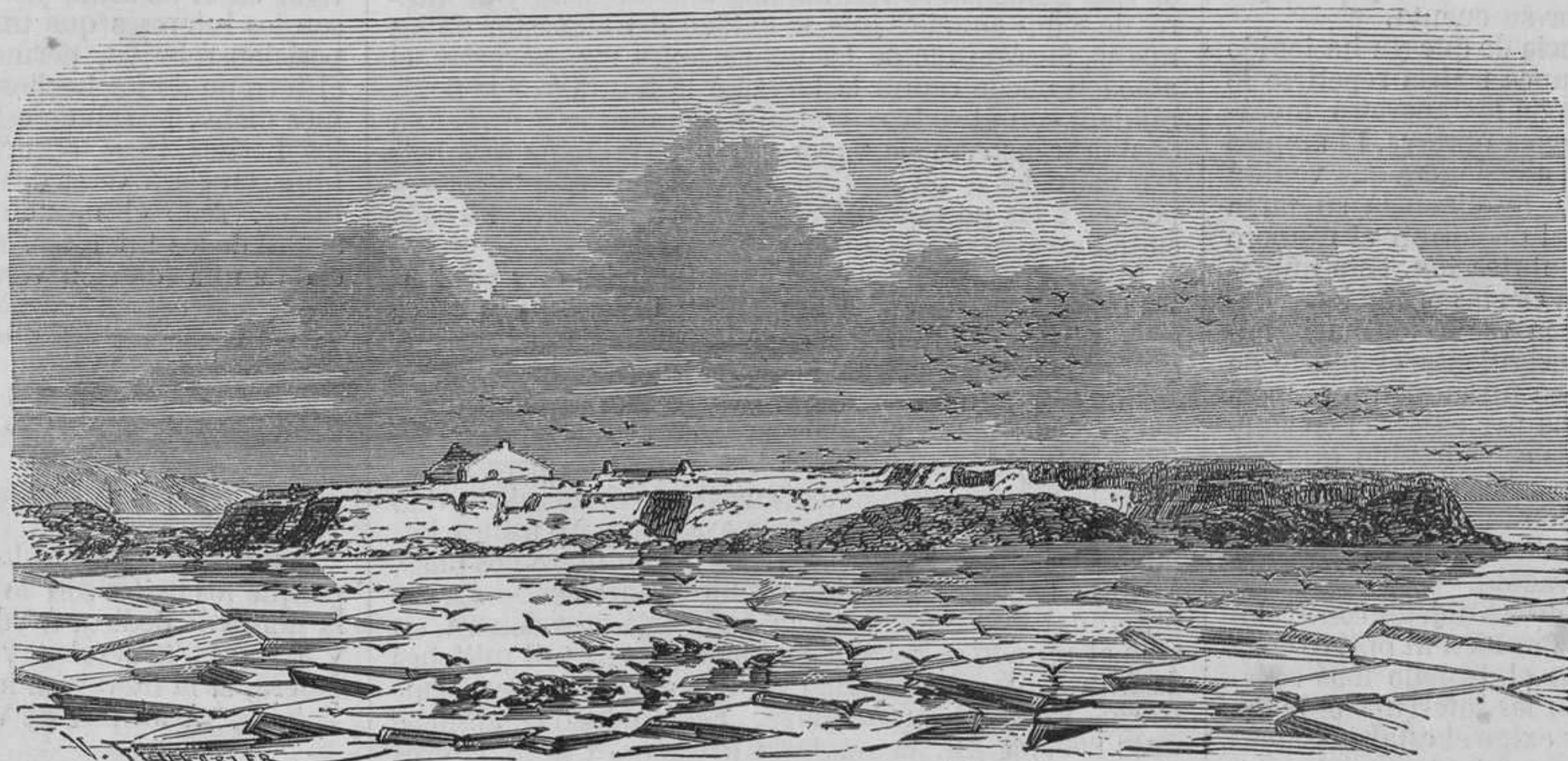


Iglesia de Otschakoff.

nas barracas y algunas tiendas; una iglesia de las mas sencillas para ser frecuentada por los soldados que van á ella en cuerpo, pero sin armas, y sobre la punta de Otschakoff se eleva un gran semafor, construido de madera.

Otschakoff fué fundado á fines del siglo XV por el khan de Crimea Meugli Cherei sobre las ruinas de Alektore, pueblecillo destruido un siglo ántes de Jesucristo.

Todo cuanto se ve en la Crimea ofrece aspectos nuevos y de interés, bien propios para ejercitar los talentos de los

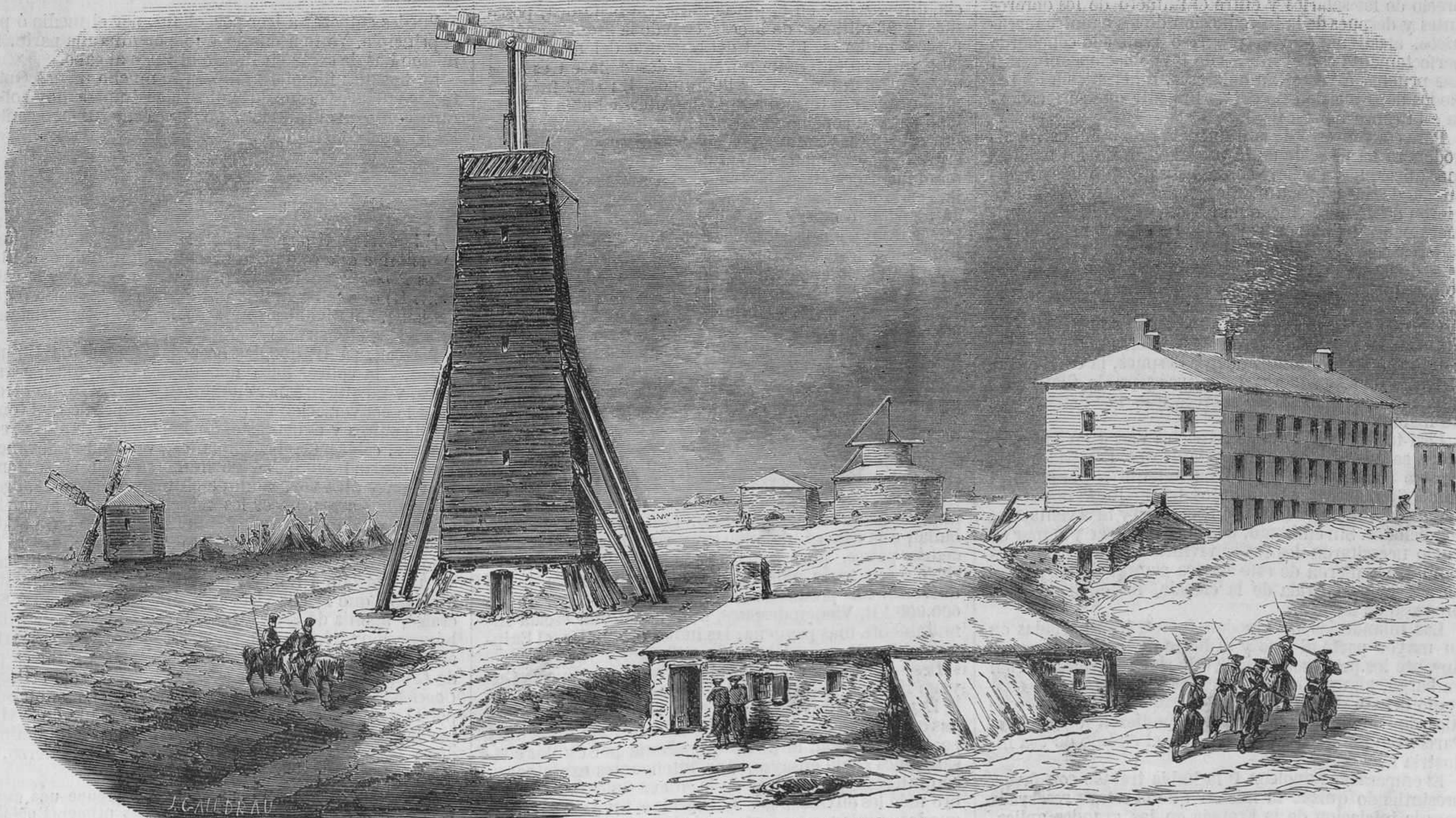


Ruinas del fuerte Nicolaeff, incendiado por los rusos.

grandes paisistas que quizás vendrán á visitarla cuando se haga la paz. Por mi parte tengo que limitarme á sacar apuntes, donde otros hallarán asunto para composiciones de estudio.

Nuestros pobres marinos, bajo este polo austral donde viven hoy, siguen dando pruebas de un afecto sin límites á las exigencias de la guerra; la guarnicion de Kinburn sigue el ejemplo de los marinos; cada cual aprecia su mision y se coloca á la altura de las circunstancias.

D. B.



Torre de señales de la punta de Otschakoff.

Exposicion Universal de la Industria.

XXVI.

LA INDUSTRIA ALGODONERA.

A fines del último siglo en el mismo instante en que las condiciones de la sociedad francesa se transformaban en el seno de terribles trastornos, se introducía en Francia el instrumento que debía producir también en la industria una transformación completa. De esa época data efectivamente en el territorio francés el primer empleo de la máquina de hilar el algodón, utilizada ya entonces en Inglaterra hacia cuarenta años. Esta máquina señaló para la fabricación el punto de partida de un nuevo orden de cosas. Perfeccionada en breve, fornicada un poco después por la aplicación del vapor limitada más o menos en la filatura de todas las materias hilables, puede considerarse como el motor que dió impulso al ardor industrial del siglo presente.

La fabricación del algodón, á la cual el mero mecanismo abría una carrera de progresos inesperados, es seguramente, si puedo explicarme así, la más industrial de todas las industrias modernas. En las manufacturas de algodón es donde se ha llevado la mecánica sus triunfos más numerosos y brillantes. El hombre cuya mano no podía ántes manejar más de un huso, puede hoy poner en juego un millar de brocas. Y no las mueve ciertamente mediante esfuerzos excesivos que agotan su vigor, no; su fuerza muscular es, digámoslo así, inútil; sus ojos, su inteligencia bastan para el cumplimiento de su función. Todo su papel se limita á vigilar el ingenioso y gigantesco aparato que por sí mismo, después de haber hilado la materia la coloca en los cilindros donde debe arrollarse. No hay en la industria algodouera ningún trabajo verdaderamente penoso que la máquina no haya tomado por su cuenta.

Insisto aquí en una circunstancia de que ya he tenido ocasión de hablar, pero que nunca podría repetirse lo bastante, á saber: la influencia de los aparatos mecánicos en la suerte de las poblaciones obreras. El empleo de las máquinas en la industria algodouera que venía á facilitar el trabajo dejando á la inteligencia su tarea natural, no dió por resultado el disminuir el número de los brazos empleados en esa fabricación. Este número se rebajaba seguramente para ciertas operaciones determinadas, pero como esa misma reducción hacia bajar el coste de fábrica y por consiguiente el precio de venta de los productos, provocaba un aumento proporcionado en el consumo, y acababa por exigir el concurso de un número de obreros más considerable que ántes. A medida que la mecánica parecía arrebatarse al trabajo algunos fragmentos de su dominio, se los devolvía indirectamente con usura extendiendo más y más los límites del campo que había invadido.

Al rebajar el coste de fábrica de los objetos confeccionados, las máquinas favorecían también al obrero en la cuestión de salarios, pues hacían el trabajo más constante, más regular, y suprimían las interrupciones ordinarias. Con el capital que hoy exige el establecimiento de una fábrica, no pueden pararse los telares sin pérdida para el manufacturero. La comparación entre el precio de los salarios y entre el número de los obreros ántes y después de la introducción de los agentes mecánicos, atestiguan que el progreso realizado concuerda perfectamente con el interés de las poblaciones obreras. Las pruebas á veces tan dolorosas, inherentes á los períodos de transición no deben impedir que se reconozca esta consecuencia final.

Para convencerse de la influencia que la industria algodouera ha ejercido en la propagación de los agentes mecánicos, basta evocar con el pensamiento la serie dilatada de los procedimientos manufactureros que se vieron desde hace cincuenta años. ¿No se hicieron primeramente la mayor parte de las experiencias en los talleres consagrados al trabajo del algodón? Solo después de haber sufrido ahí las primeras pruebas, pasaron los nuevos mecanismos á las fábricas de distinta especie.

Cuando el telar de hilar el algodón se introdujo en Francia, en París se crearon las primeras manufacturas donde se empleó, lo mismo que después, la capital fué el teatro de las primeras tentativas para la filatura de lana cardada. Este hecho merece que nos detengamos un instante.

Casi todas las industrias francesas nacen en París, y luego se esparcen en los departamentos. Escapados de la grande almena que les dió nacimiento los enjambres van á fijarse en aquellos puntos del territorio donde encuentran un abrigo menos dispendioso y más ventajosas condiciones. Sin embargo, para poder crecer y tomar su vuelo necesitaron los rayos vivificadores del foco de la capital, y salieron de este centro común donde se elaboran, bajo la égida de la ciencia, los elementos del progreso de las artes.

Las hilanderías de algodón fueron transportadas en su mayor parte al Este y al Norte de la Francia; pero durante los primeros años de este siglo, se contaban sin embargo, algunas en París; en 1813 había más de cuarenta dentro de los muros de la ciudad. El nombre de Ricardo Lenoir nos atestiguan que pudieron formarse en París grandes individualidades en el círculo de esa industria naciente.

El emperador Napoleón I^o la había tratado con favor, presintiendo quizás la misión que la estaba reservada para la iniciación de la Francia en las grandes aplicaciones manufactureras. Desde la Exposición Universal

de 1806, las fábricas de algodón se hallaban en progreso. El jurado consignaba que el arte de hilar el algodón se había arraigado en el territorio de la Francia, y hacía notar que un crecido número de establecimientos rivalizaban entre sí, y se perfeccionaban cada día; pero el perfeccionamiento era aplicable con especialidad á los hilos gruesos; en los finos se había adelantado muy poco. Aun en el seno mismo de la industria algodouera, apenas había un presentimiento vago y oscuro del gran porvenir de esta industria; no se imaginaban los servicios que un día podía hacer á las otras fabricaciones; se ignoraba que su desarrollo y su prosperidad eran la condición de los progresos de la Francia en la arena manufacturera.

El algodón se hizo rápidamente la materia que, después de los cereales, da lugar á las más grandes masas de transporte y suministra á las empresas marítimas el alimento más abundante. Además ninguna otra materia recibe de la mano que la trabaja un aumento de valor tan considerable. El algodón llega á los mercados franceses al precio, por término medio, de 1 fr. 25 c. á 1 fr. 50 c. el kil. y trabajado puede calcularse en la misma proporción, en unos 5 fr.

Ni en la seda ni en la lana el trabajo añade á la materia primitiva un aumento de valor semejante. De este modo, un kil. de lana cardada vendido por 8 fr., no representa trabajado más de 13 fr. El trabajo de la seda no dobla el valor de la materia empleada.

Sin embargo, á pesar de este crecido aumento resultante de las manipulaciones necesarias, el algodón es siempre el más caro de todos los artículos hilables. Los tejidos de algodón, en razón de su baratura, son naturalmente los que más entran en el consumo de las clases populares. Puede decirse que son objeto del favor general, y que llenan un papel inmenso en la economía moderna. Por esta causa, el perfeccionamiento de esta industria se recomienda á la atención y al interés de todos aquellos que se cuidan del bienestar de las masas. Susceptible de las aplicaciones más variadas, el algodón puede reunir la fuerza á la finura y á la flexibilidad; con él se hacen encajes magníficos y muselina de una transparencia vaporosa; pero también se fabrican pañuelos á 30 céntimos y mil tejidos que corresponden á las necesidades del mayor número de los consumidores.

Antes de emprender el exámen de todos esos productos que figuraban en la Exposición Universal, quizá es conveniente dar una idea de la importancia de las transacciones á que da lugar la industria algodouera. Y no es que creamos oportuno alinear un ejército de números que se olvidan regularmente en cuanto se leen; las cifras, sin duda alguna, son indispensables para esclarecer la mayor parte de las cuestiones económicas, esto es, las cifras escrupulosamente exactas, pero nunca llenan el todo por sí solas. Nosotros nos limitaremos pues, á varios hechos y á varios cálculos generales. — La suma anual que representa la industria algodouera en todo el mundo se calcula en unos cuatro mil millones de francos, y esta cantidad no es exagerada, por el contrario, tiende á aumentarse. Esta industria absorbe unos 800,000 kil. de materia primera, y la Inglaterra figura por más de una mitad en esta cantidad inmensa. Para apreciar cual es su situación respecto de la Francia, diremos que en el día la industria británica, posee más de 28 millones de brocas, cuando la Francia apenas posee 5 millones. El total del consumo del algodón en lana varía en el territorio francés desde hace tres años de 72 á 75 millones de kilogramos. En 1852 fué á 72 millones, y ese mismo año la Inglaterra había importado para su consumo 421 millones de kilogramos. Sobre estas bases se puede calcular cual es la diferencia entre la fuerza material empleada para la producción manufacturera en ambos países. La fuerza de un caballo corresponde, según dicen, al consumo de 20 pacas de algodón ó sean 4,000 kil. Así pues, las fábricas inglesas resumen una fuerza de 105,250 caballos y las manufacturas francesas una fuerza de 18,750 caballos.

La industria algodouera gana terreno cada día en todos los pueblos que la practican. El exámen de la Exposición Universal nos ha permitido señalar los caracteres actuales más significativos de ese progreso. En el mismo país donde el trabajo del algodón ha llegado á un desarrollo tan prodigioso, en la Gran Bretaña, el aumento sigue su curso incesantemente. En uno solo de los últimos años y en el solo distrito de Manchester se establecieron ochenta y una hilanderías nuevas con una fuerza colectiva de 2,240 caballos. Durante el mismo intervalo, las antiguas fábricas habían aumentado su incremento con una fuerza igual á 1,477 caballos.

Muchas comarcas suministran á las manufacturas la materia primera que necesitan. Los Estados Unidos se hallan á la cabeza, dejando muy rezagados á todos los demás países, pues solo ese pueblo envía al mercado cinco ó seis veces más algodón que todo lo restante del universo. Su producción excede la cifra enorme de 600,000 kil. Vienen después, aunque en una escala infinitamente más pequeña, las Indias orientales, el Egipto y el Brasil.

Deseo mencionar además ciertas regiones como la Guayana inglesa, la Australia y la Argelia que enviaron á la Exposición Universal muestras de algodón en bruto. Las cantidades que allí se recogen tienen sin duda muy poca importancia, al menos por ahora, por eso las consideramos como ensayos. Los inteligentes examinaron con interés los algodones de la Nueva Gales del Sur, sobre todo los enviados por M. Eldridge. En Argelia, aunque las opiniones no estén unánimes sobre el porvenir de este ramo de los cultivos practicados en las posesiones

francesas, no es posible negar que se hayan obtenido resultados muy favorables en muchos dominios. La especie de algodón llamada *seda larga* sale perfectamente. Entre los productores expositores debemos citar á M. Kardy director del plantío central del gobierno, en el Hamma, y á los señores Masquelier hijos, y Du Pré de Saint-Maur y al caid de Guelma.

Hasta el día donde el cultivo del algodón ha presentado los fenómenos más extraordinarios es en los Estados Unidos. Este país ha marchado con una rapidez increíble; en diez años, de 1841 á 1851 la producción había doblado. Por lo demás, esta progresión no obedece aparentemente á ninguna ley constante; ese último análisis corresponde con el aumento de consumo, pero de una manera rigurosa. Varios documentos publicados en América han señalado su marcha irregular; durante largo tiempo, solo se pudo notar que se manifestaban intermitencias periódicas en el desarrollo de las cosechas, y un año de abundancia sucedía á otro de producción mediana.

Un hecho domina aquí todos los cálculos de la estadística á saber, la mancomunidad que el algodón contribuye poderosamente á establecer entre ambos continentes, entre los pueblos más civilizados de la Europa y el país más poderoso del nuevo mundo. Una relación íntima une los intereses del manufacturero de Manchester, de Glasgow, de Mulhouse ó de Ruan, con los del productor de los Estados del Sur de la Unión americana. Así las naciones se hacen tributarias unas de otras, no ya según el uso antiguo que procedía de la conquista y del vasallaje, sino por un cambio de servicios recíprocos que les asocian para un fin común cual es el del desarrollo del bienestar general.

Bajo su punto de vista más elevado la Exposición Universal de 1855 no fué otra cosa que la consagración de esas tendencias de la civilización europea. Al investigar en el dominio de la industria algodouera cuales son los intereses que unen á las naciones y cual es su posición relativa, permaneceremos constantemente en el terreno de los hechos. Las controversias, ya lo hemos dicho, no son de este lugar. El estudio detenido de los hechos tiene seguramente su importancia, y una importancia á veces decisiva en la solución de las cuestiones. Todo el mundo conviene en esto: en el estado actual de los intereses, este estudio es la condición esencial de una solución verdadera y justa.

LOS BAILES.

Á LA SEÑORITA DOÑA B. F. DE C.

A mí no me gustan los bailes. A. Vd. tampoco. ¿Será porque los bailes son lo que dice el artículo que tengo la honra de dedicar á Vd.? — No los pinta sino por fuera y á trazos generales y de pincel algo basto. Como quiera, si la literatura lo ataca, la verdad lo defiende.

A los piés de Vd.

Febrero de 1856.

AL LECTOR.

Puedes empezar á leer por el fin, por el medio ó por el principio. Yo te aconsejo que por ninguna parte. Lo mismo has de sacar en limpio al fin y al cabo.

No busques filosofía profunda ni mucho menos. Quiero ser vulgar, porque la vulgaridad impera hoy soberanamente en el mundo y yo nunca me sublevo contra los poderes constituidos.

I.

UN GRAN BAILE.

¡Llamarte á tí pícaro! ¡Don Mundo! ¡Pícaro! Epíteto lamentable que solo pudo inventar alguno de esos literatos *Pipiles*, que imaginan cuando bajan por la calle de... (1) que se encaminan al templo de la gloria ó que sostienen infatigables que *sus letras* no están bastante protegidas en España!

Pícaro... ¡á tí! que das hospedaje á madama Humanidad, y la volteas hace más de seis mil años, según unos, y no quiero saber cuántos más miles, según otros, pues la conversación de años será siempre de mal tono: que la sufres y aguantaste, á pesar de sus remilgos, coqueteos, caídas arrepentimientos, veleidades, devaneos y contumaz malignidad de humores: que la contemplas una y otra vez, aunque en tonos diferentes, decir las mismas cosas, hacer los mismos dengues, andar los mismos vacilantes pasos, y nunca aprender para el día de mañana lo que la enseñó el día de ayer: que la ha oído llamar padre á Júpiter, padrino á Moloc, diosa á Vénus, patrono á Luzbel, profeta á Mahoma é impostor á Cristo: que la has visto dar muerte de cieuta á Sócrates, agonía de Cruz á Dios, besar la huella de Atila, honrar con incienso á Robespierre, adorar á Bonaparte, arrinconar á Napoleon, maldecir al papa, besar el pié de Cromwell, trocar el ferreruelo airoso por el estirado *Coachman*, la gorrilla por la copa alta, el monoteísmo por el panteísmo, y acá en España, la Lonja de Sevilla por la Bolsa de Madrid, el jerez de raza por innombrados y bastardos líquidos de fábrica, y al almuerzo, el

(1) En esta calle ó sus inmediaciones se reúne una escogida sociedad literaria, en donde con las primeras notabilidades se codean los « últimos memos » del mundo sapiente.

jamon como Dios manda por el beefsteak como á ningun hijo de Albion se lo deseo.

¡Pícaro á tí! No, y mil veces no, estimado Mundo. Mis fuerzas son débiles, pero la intencion es sana, y en Dios confiando y á la pluma dando, yo he de intentar justificarle tan cumplida y noblemente como me sea posible, buen amigo.

Por hoy, quiero que se sepa que los grandes bailes por ningun estilo son ni teatro de la coquetería liviana, ni ensayos de tragi-comedias celestinescas, ni estímulo de pasiones bajas, ni por fin, ninguna de esas cosas que algunos *desengañados* de 25 años pretenden. Plegue á Dios que no lo consiga: así habré dado un paso mas en mí... pro-Mundo.

II.

Un lector. ¿Si será serio? ¿si no será serio?

Otro lector. ¿Qué tonterías escribe este mozo!

Una lectora. ¡Escribir sobre los bailes en general! ¡Qué cosa tan anticuada!

El autor. Ahí verán Vds., señores.

III.

¡AL BAILE, AL BAILE!

Vamos, Eduardo, anda vivo, despáchate. La semana pasada llegaste de Sevilla, y Raouget te ha puesto como nuevo: la ropa (las prendas) que llevas, te han hurtado bastante del aire *cursi* que traías: en la calle del Príncipe, aunque sin *máquina*, te han fabricado unos borceguies, con los cuales son tus pies dos facciones expresivas é insinuantes: Aimable te ha *confeccionado* un sombrero que nada deja que desear sino es cabeza: Dubost te ha *elegido* unos guantes con los que la tosiedad nativa de tus manos es ya un secreto que nadie mas que tú conoce. Ponte una camisa de las *ricas*; ten cuidado de que los picos encuadren bien tu cuello; arma un lazo de corbata que alegre el corazon de un fidalgo portugués; atúsate el bigote, alhúcate el cabello, unas gotas de *Duquesa* en el pañuelo, y al baile, Eduardo.

Deja tu bufete, Andrés; arrima esos cansados pedimentos, olvida por unas cuantas horas los pleitos. No seas terco hombre. En un baile, cuando ménos se piensa, y entre un vals y una contradanza, *salta* un litigante. Si deseas lograr fama de entendimiento, no faltan ocasiones de lucirlo en los salones. Darse á conocer: tal es el primer paso para ganar crédito. Crees que no hay mas foro que el foro, y estás en un error. Al baile, al baile. ¿Quién sabe lo que allí, amigo, te espera?

Además, tus modales necesitan soltarse un poco; hay algo de pedimento en tu persona, y ciertos resabios de colegio aun te tienen cariño, merced á tu constancia en no olvidarlos. Buena ocasion. Te han convidado para esta noche, porque han oido decir que no te faltaba mérito, y que te vas relacionando: ¡anda, anda, y ve al baile!

Tú, Alfredo, ¿no faltarás? Ni ¿cómo faltarías? Encanto de la buena sociedad, cuasi Cupido de las damas, envidia de los *liones*, turrón de amores, como dicen *nuestros hermanos de Ultramar*.

El frac mas garboso, los pantalones de mejor corte, el chaleco de mas *chique* (suple ponte, lector). No sueltes tu aire de suelto, no encojas tus modales despavillados, no apesadumbres la mirada de águila de salon conquistadora. Cuando te acerques á una dama, no te rindas á primera sangre: manten el ademan sereno, y echa continente, un tanto *abyronado*. Has de ser en cuanto tu *pesquis* lo consienta, su poquillo epigramático. Deja á la conversacion que se tinte ligeramente de sarcasmo. Pero... una cosa te ruego en caridad: no te cebes en las víctimas. Agur, Alfredo.

Tú irás, ¿conde? Condesa cuanto puedas, y con esto basta, ¿qué mas has de hacer?

¿Y tú, pollo? Baila, baila, baila; ese es tu oficio. Esos cuantos reales que te dió papá, no los arriesgues á una sola carta; que pudieras perderlos, y luego estarias atormentando, acaso infructuosamente, á mamá todo el mes para desquitarte. Tal vez entonces comenzarás á desconfiar de la justicia universal, concluyendo, ¿qué sé yo? por exigir á Dios la responsabilidad de la penuria de tu bolsillo ó de la cara de tu sastre.

Juanito, esta noche nos veremos: ¿sí? Allí habrá *mucha gente*... Batilde irá de fijo. Díla que es muy linda, aunque lo sabe. Si cruzais unas cuantas palabras, mas ó ménos sandías, si os apretais las manos, si os oprimís los piés, si vuestras miradas se enlazan, ¿qué os falta en el mundo? Nada, nada. ¡El verbo amar se conjuga en tantos tonos! Y no lo dudeis, niños: vuestro amor es el amor verdadero. Así lo creéis: y ¡creedlo: no hay como creer las cosas para que las cosas sean!

¡Vamos, señor don Magnífico. Avíese vuestra excelencia como quiera, que un personaje de su estofa de cualquier modo va bien. ¿Para qué mirarse tanto al espejo? ¿Aun tenemos esta otra vanidad? Venga su excelencia al baile, que corte no le ha de faltar. No dejará algun petimetrulo de reirse al notar ese aire que vucencia gasta tan almidonado, ese echarse para atrás tan poco en uso, esa necesidad que le aqueja de una docena de varas en cuadro para dar un paso con algun desembarazo; pero riase vucencia de todo eso, que son fruslerías de escasa monta, y á su pesar es vucencia una magnitud social, propuesta á la admiracion de los contemporáneos, y quizás al recuerdo de los venideros. Han dado en no admirar á vucencia; pero ¿qué le hemos de hacer? « Il n'y a pas de grand homme pour son

valet de chambre, » dice el adagio francés; y acá por España, casi todos son para los grandes hombres ayudas de cámara, sobre todo cuando valen lo que vucencia cuesta.

Señor mio, ¿supongo que Vd. no dejará de asistir, sabiendo, á fuer de *bancócrata*, que en el dia todo es Bolsa, y que buenas son todas las horas y oportunos todos los gabinetes para entrarle al negocio?

¿Y ménos Vd., caballero militar? puesto que por los tiempos que corren, un paso de redowa, costando ménos, suele producir mas que un *paso honroso*.

Tampoco tú, *filosofantillo* imberbe, temo que desaires el convite. En el baile, como en otra cualquier parte puedes estudiar el *yo* y el *no yo*; y en cuanto á las evoluciones del *yo humano*, ya verás primores que pasan, no sé por qué, desapercibidos de todas las escuelas alemanas, inclusa la jóven, *jovencísima* ageliana. Contemplarás el *yo* con faldas y el *yo* con pantalones; el *yo* coqueton y el *yo* coquetuela; el *yo* que danza la polka; el *yo* que devora sandwiches, el *yo* que requiebra y el *yo* que se empalaga; el *yo* que da calabazas, el *yo* que gana al faraon, el *yo* que pierde al ecarté, el raro *yo* señor, el frecuente *yo* lacayo, y, finalmente, á muchos y prolijos *yo* como el *yo* de Tichte se *ponen* á sí mismos... En berlina, filosofantillo, en berlina debes de ir. Luego me podrás decir cuando te pregunte: ¿Qué es el baile? El baile es la *evolucion completa* del *yo* pintoresqui-coreográfico al son de la música, en las altas horas de la noche.

¿Tú, Francisco, tambien irás? ¡no faltes hombre! Te conozco bien; sé que para tí no se inventó la polka ni se ideó el vals en dos tiempos; sé que te molesta el trasnochar, y que no quieres afligir con disgustos á tu lecho visitándolo á deshora; sé que no siempre te ries por dentro, cuando sonries por fuera; todo esto lo sé, Francisco; pero ¡qué diantre! anda al baile.

A tus ojos es el mundo un valle algo frio en el invierno, un canto cálido en el verano, por donde, mediante una salud decente, una renta heredada de unos cuantos miles de duros y un mediano conocimiento del hombre, no se camina mal de todo punto.

Que nunca sales de casa sin llevar el capote de torero (en cuanto á la muleta, ¿qué mas quieres, Francisco?); que vives dando pases á todo viento; que sortear y sortear es tu divisa, no lo ignoro, Francisco; así como tampoco me son, en cuanto al hecho de su existencia, incógnitas esas plegarias que elevas cada mañana á la divinidad tutelar que preside á ciertos destinos sublunares, á la indostánica Keahugina, símbolo misterioso de la Trimurti india, para que te sea tan propicia como tu ingenio necesita y tus calidades intelectuales se merecen. Y grande debe ser, llevo hasta decir que *incomunicable* esa virtud singular que á tus oraciones asiste indefectiblemente. Apostaría á que te es *autonómica*, Francisco. Todos conocemos á la divinidad; todos hemos penetrado en el espíritu de sus oráculos; todos (nosotros los adeptos), todos de vez en cuando logramos una mirada benévola de la diosa omnipotente; pero si todos quemamos incienso en sus altares, sin osar, empero, pronunciar su nombre, tú solo te tratas con ella, como si dijéramos, mano á mano, contigo únicamente se encarina, á tí solo revela sus delicados y secretos misterios.

Francisco: no pretendas brillar por tu ausencia en el sarao. Allí, como en todas partes, y mas aun que en todas partes, no te faltarán el aire, sin el cual tu respiracion se hace angustiosa: allí tu *mephistophelismo* de buena y franca veta tendrá campos por donde explayarse con holgura: allí, al fin, en compendio ameno y confortable, disfrutarás la pintoresca contemplacion de la raza privilegiada de este mundo.

Y lleva á Paquito, que yendo contigo entra autorizado. Él quiere ir, por *haber* ido: estar, por decir que *ha* estado: bailar por *haber* bailado; no faltar, por tener el gusto de saludar á la condesa de M. ó á la duquesa de C.; ver por contar; llévale y déjale en paz que de este mundo no son los de su laya, al cabo los vertebrados mas curiosos.

Lindos lazos, bellas trenzas, majestuosas cocas, fragantes flores, luces, ¡Ana! te diria que me gustas, te diria que me pareces encantadora, te diria muchas cosas por este estilo, y á las cuales estás de sobra acostumbrada; pero temo que mis palabras sean ociosas, despues de haberte ya mirado al espejo de tu tocador, y de las palabras ociosas pide Dios estrecha cuenta, ¿verdad, señores?

¿No irás al baile, por supuesto, sin tus hermanas? Así creo. La una, con su mirada de azul del cielo, aplaca las tempestades del alma; la otra, con sus ojos de centellas, las levanta. Ambas son necesarias; nada aviva tanto la luz como las sombras. Desempeñen los contrastes, así en los salones como en el teatro de la vida, su bello encargo providencial. Marquesa, buenas noches. ¿Va Vd. esta noche? Mas mi pregunta está demás. ¿No ha de ir Vd.? ¿Habrá, por ventura, funcion sin tarasquilla? Mauvais genre. ¿Eh, señorita?

Duquesa: cada dia me fascina Vd. mas y mas. ¿Cómo ha de ser? Es signo de las criaturas. Vd. nació para fascinar, y yo vine al mundo para ser fascinado. Ahí verá Vd. ¿Tendrá esta noche el placer de respirar el mismo ambiente que Vd. embalsama con su aliento? ¿Sí? ¡Oh afortunado mortal y cuánta dicha!

Vizcondesa: ¿cómo va? ¿No faltaré Vd. esta noche? ¡Gran baile! Su marido de Vd. arregló ya los pagarés: puede Vd. dedicarse con mas desembarazo á los franceses, pues que los *ingleses* no corren prisa hasta el mes que viene. Este prendido que Vd. sin duda va á llevar, y que veo sobre el sofá, me parece *delicioso*: igual ente-

ramente al que llevó la duquesa de X. en el último baile de casa de Francia.

¡Vaya! La aristocracia de sangre y la de cobre se asimilan cada dia mas. Parece que no, pero es lo cierto que en el seno del gusto y del buen tono, ambas van fraternizando; y es sin duda por lo ménos recomendable en la segunda su tendencia benévola de asimilacion á la primera. — ¡Cuidado con el tú! ¿Qué mas nos queda?

Vamos, vamos, vamos. Al baile, al baile, y á danzar; los unos de piés y los otros de pensamiento; quiénes de deseos, quiénes de recelos, algunos de recuerdos, otros de esperanzas. Al baile, al baile, al baile. Vamos todos allá.

IV.

¿A qué has pasado, lector ó lectora, tu ratico, urgándote con el meñique de la diestra el cútside la nariz, movido del candoroso prurito de encontrar personas donde solo hay tipos? Apostaría cualquiera cosa. Pues no te afanes. Con cada uno de los nombres apuntados, seguramente puedes, sin temor de error, bautizar unas cuantas docenas de las personas que conoces de oidas, vista ó trato íntimo. En cuanto á Francisco, esos son otros Lopez, como él no conozco ni tú tampoco mas que á uno en esta tierra.

EL BAILE.

Vén, lector, vén conmigo. Vamos en coche: te llevo con toda la consideracion que te mereces, ya que me quedo contigo un rato.

Esta es la casa: buen portal. Adelante: magnífica escalera. No repares en esos lacayos. Todos poseen la fisonomía del oficio. Su profesion lleva ventajas en eso á todas las demás, como no sean las de literato sacristan, rentista ó fatuo, que tambien imprimen carácter. No te detengas á contemplar esos escudos de armas que ves pintados en los techos, ni á examinar los cuarteles que contienen. La heráldica que hoy se estila es puramente de caprichos, y cada cual gasta las armas que mejor le cuadra, despachándose á su propia satisfaccion. ¡Ojalá que pronto acabe de suceder otro tanto con las cruces; y puesto que ni aquellos pinchan ni estas redimen, en calidad de objetos de adorno y accidentes de toilette, será lícito á todo ciudadano ó buen vecino aderezar como mejor cumpla á su propósito, ó plegue á su fantasía, las delanteras de su pecho, las paredes de su casa y las puercezuelas de sus carrozas.

Entremos y que nos anuncien. Haz entretanto por no mirar demasiado á esos caballeros que están reparando con sutil destreza los estragos que en su cabellera ha ocasionado el sombrero que trajeron puesto desde su casa, y en los lazos de su almidonada corbata los embuzos de la capa ó las solapas del paletó. No los censures. El pelo es una *faccion* de suyo interesante, y en calidad de tal, nada tiene de extraño que la quieran poner todo lo *expresiva* que alcancen. En cuanto á la corbata blanca, invencion diabólica, sin duda de una mujer celosa que no gustaba de que gastasen de su amante, ó de un misántropo irreconciliable con el sexo barbudo, debes comprender que exige serias y delicadas atenciones por parte del desdichado que la lleva, rindiendo tributo á la moda, deidad caprichosa, que así hace comer á la usanza y horas de los países del Norte en las tierras del Mediodía, como vestir los trajes y gastar los colores propios de los rubios germanos á los morenos andaluces.

Y á propósito; ¿quieres ser todo un hombre? Pues bueno: aprende la filosofía... alemana; la literatura francesa, la letra inglesa, merca un caballo británico de los mas engollipados; haz una vuelta en el prado, vestido de traje que te *confeccione* Rouget, con sombrero que te *prepare* Aimable; con calzado que te *fabrique* Colvin y con guantes que te *venda* Dubost; come en casa de Lhardy; echa la prima noche al teatro Real, y luego vénteme conmigo al club del Príncipe, que jugaremos al *baccarat*. No lo tomes á chanza. Si estas cosas dijere yo de burlas, asemejaríame á infinitos que se empeñan en porfiarme que poseemos una sesuda filosofía, una gran literatura, excelentes fondas, robustos potros, sastres elegantes, sombrereros excelentes y guanteros inmejorables. Allá en tiempos de antaño, quizá sí; ¿pero hoy?

Permíteme una digresion; el mundo es un juego; la civilizacion una pelota; la humanidad se divierte. La pelota rueda de tierra en tierra, y bota de nacion en nacion, y se la echan raza á raza. Nosotros, un dia, allá *in illo tempore*, se la echamos á los franceses, y ahora nos la devuelven los franceses á nosotros. ¿Qué hay en ello de particular? Nada absolutamente, amigo mio. Juguemos con ella, que dia vendrá al fin en que remendada, añadida, deshecha, ó mas rellena y apretada que nunca, la votemos tan alta que Dios sabe á donde vaya á parar. Así sea. Entretanto, antes que español, es preciso ser hombre, ó como diria un filósofo y enciclopedista, y antes que *ciudadano de España*, fuerza es mostrarse *hijo de la humanidad*; y un mozo de buen gusto se desternilla de risa, si es que no intenta explotar la rica vena de un pretensio mal entendido nacionalismo, cuando concluye por sacar en limpio que el amor á su país, según lo entienden muchos, viene, en pocas palabras, á consistir en vestirse con paño de Santa María de Nieva, ó á lo sumo, de Tarrasa, cortados por tijeras indígenas, en escribir folletines ó caprichos en estilo del padre Granada, ó en dejar con desenfado la fonda de Prósper, por la hostería del Caballo Blanco.

Mas tú dirás, lector, que contradigo y que me estoy divirtiendo contigo. Acaso no te falte razon. ¿Qué quieres? De cuando en cuando conviene que se truequen los papeles. La monotonía es la mas pesada de todas las enfermedades crónicas, y que me llamen tonto el mas delicado de mis placeres inocentes.

Ya estamos en los salones. Anunciados, el ama de la casa nos ha recibido con afectuosa amabilidad, informándose con cariño y solicitud acerca de cosas que nada deben importarle, como son nuestra salud y el estado

del de nuestras familias respectivas. Las formas de salutación revelan el estado de una sociedad, aunque aparezcan de frívolo y poco interesante significado.

Cuando habia caballeros y se estilaban damas, aquellos besaban los piés de estas, y estas las manos de aquellos, y como Dios jugaba entre los hombres un papel mas caracterizado que el que ahora representa, á él se daban por el buen estado de salud las gracias que en el dia se rinden á quien por fórmula nos importuna preguntándonos acerca de ella. Ogaño

los piés y las manos no se besan ya entre gentes *comme il faut*, y no es de lamentar, pues andan tan malos pasos los unos y en negocios tan dudosos las otras, que no saldrian los labios sin profanacion de contacto tan peligroso. Por lo que hace al *cursi*, ese todavia abrevia mas el procedimiento de la salutación. Con un « gracias » seco contesta á un « ¿Cómo está Vd.? » importuno. — ¡Qué me place!

(Se concluirá.)

Tecnología de la China.

El genio observador de los chinos ha sabido sacar partido de una multitud de plantas acuáticas, muchas de las cuales proporcionan al hombre recursos alimenticios, porque el Tien (Dios) nada ha criado en vano; y la aparente inutilidad de algunas producciones naturales no estriba mas que en la ignorancia humana. Las plantas acuáticas son tanto mas preciosas, cuanto que no exigen ningun cuidado para su multiplicacion, y utilizan terrenos perdidos para la agricultura.

El *trapa bicornis*, cuyo dibujo damos aqui, es de esta especie. Las aguas estancadas y las que no son á propósito para la navegacion podrian suministrar abundantes cosechas de estos frutos, cuya almendra dulce y farinácea recibe diversas preparaciones en la economía doméstica.

En algunas poblaciones de Europa conocen y utilizan ya el *trapa natan*, variedad secundaria, la cual recibe el nombre de *trufa de agua*, y de *muez de agua*. No será pues difícil reconocer la superioridad del *trapa bicornis* puesto que los frutos de esta última especie son mas voluminosos y de sabor mas agradable que los de la primera.

El *trapa bicornis* (ó *ling* en chino) es muy estimado en la China y constituye el alimento de los pueblos en que la cosecha de arroz es insuficiente. Las flores de esta planta se desarrollan de junio á agosto, y la recoleccion se hace de setiembre á octubre. Es por demás curioso ver las mujeres y los muchachos embarcados en cubetos que sirven á la vez para trasportar la cosecha y de vehículo á los que se ocupan en ella. La algazara, los can-

tos y los gritos de estas gentes parecen á las saturnales de las vendimias en Francia. Cuando han llenado los cubetos, los atan unos á otros, y un barco los conduce á remolque hasta el desembarcadero. Los cubetos se usan á lo que parece para evitar los arañosos de las inmensas enredaderas acuáticas que forma esta planta, y que prometen abundancia de frutos para el año siguiente.

Siémbrese el *ling* á fines del otoño, en la parte de los estanques donde el agua es poco profunda, donde está clara y en los sitios mas expuestos al Mediodía. Cuanto

mas calor recibe, tanto mas sus frutos son abundantes y sazonados.

Los chinos afirman que este cultivo absorbe las emanaciones pútridas que se forman en la superficie de las aguas estancadas.

El *ling* tiene un gusto muy agradable en el verano, cuando está verde; en los mercados de Pekin se vende como las avellanas en Europa. Se da á los enfermos para refrescarlos la boca.

Seco y convertido en harina, se hacen con él unas gachas muy buenas, sobre todo si se le añaden un poco de harina de trigo.

Si se mezcla con una tercera parte de harina ordinaria, se hace un pan muy sabroso, con azúcar y miel se convierte en postre excelente.

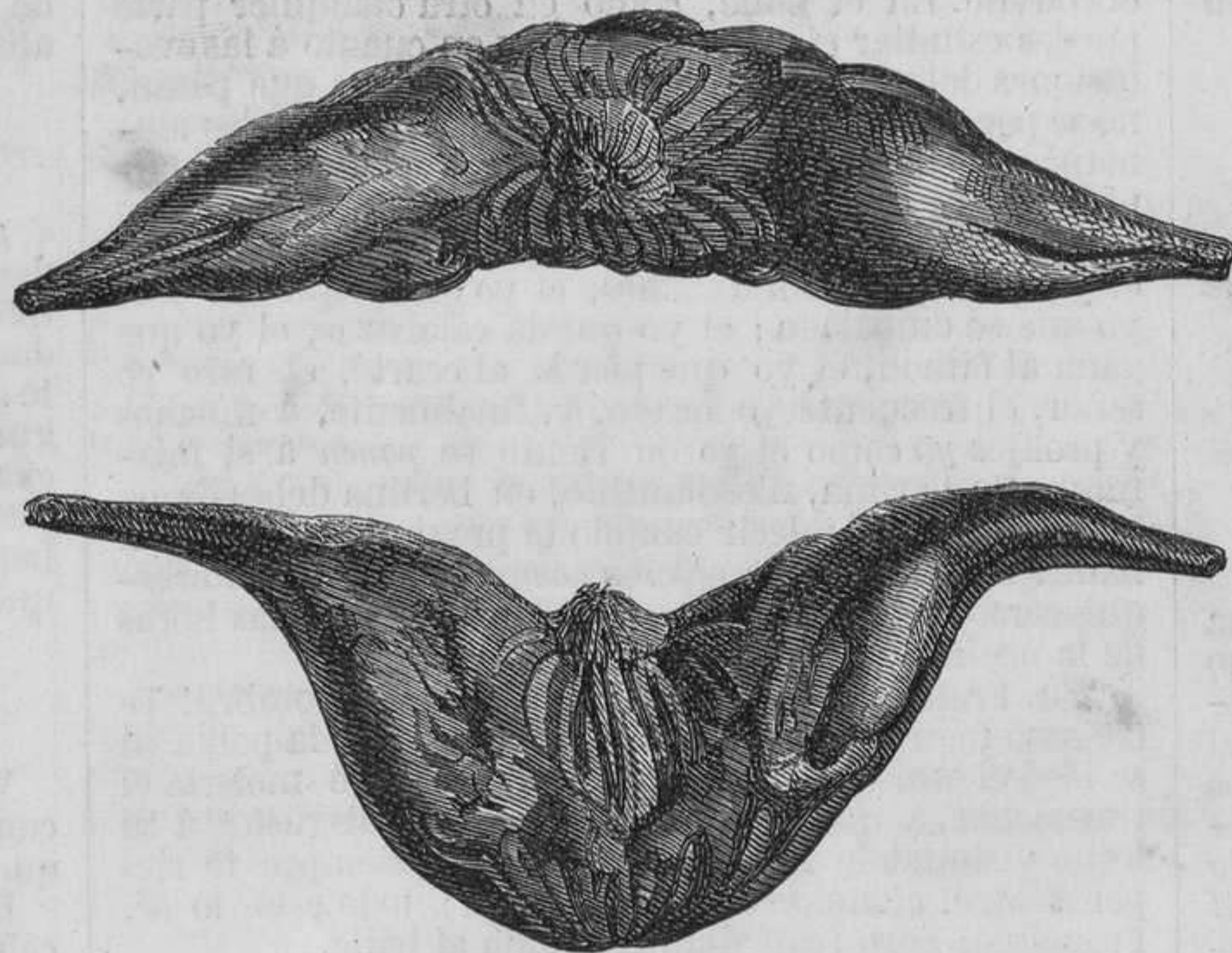
Los tracios conocian el *ling*, y segun Dioscórides y Galieno, le empleaban en hacer pan.

En Egipto era sagrado, y todavia se encuentra en los sepulcros de las pirámides.

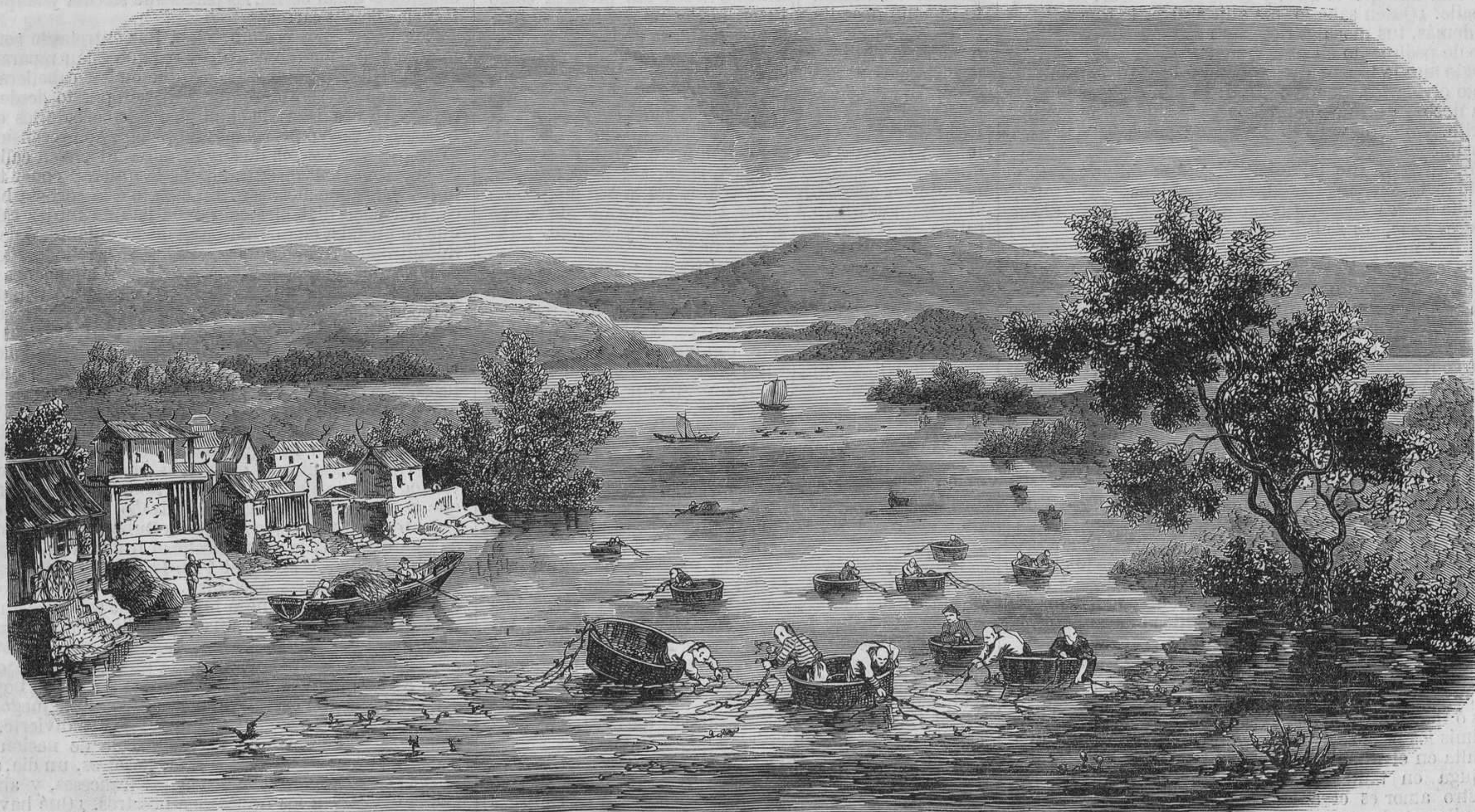
En la provincia de *Quan ton* se llama *pe tsf*, y en la mayor parte de las otras provincias *ki chi*, que quiere decir *sagrado*.

Generalmente, en la China y en Egipto se llaman sagradas todas las cosas que son útiles para el alimento y bienestar de los hombres, como en Europa se llama noble la profesion que sirve para destruirlos y matarlos. Dios de caridad y de modestia, ¿cuáles son los mas razonables?

Es verdad que en China hay pocos hombres que sepan la carga en once tiempos, pero casi todos saben manejar el arado desde el último montañés de las alturas del Thibet hasta el pastor de ese pueblo de 400.000.000 de almas, el cual nunca despliega mas pompa que el dia de la fiesta de la agricultura, cuando rodeado de una corte de venerables ancianos, y despues de haber implorado



El ling (Trapa bicornis), castaña acuática.



Recoleccion del ling.

al auxilio del Tien-tien (Dios del cielo), traza con el arado los surcos que deben encerrar el grano sagrado y fecundar la tierra!

El *trapa bicornis* no es la sola planta alimenticia.

El gran lago y los fosos del palacio de Pekin están cubiertos de flores de *liene hoa* (*nymphaea nelumbo*) cuyos frutos dan tambien una harina excelente que se hace cocer con leche.

Las señoras y los ociosos pasan el tiempo comiendo dulces y azúcar; piedra en las mesas mas suntuosas se sirven dulces en sal y vinagre.

Nada es mas hermoso que estas inmensas alfombras

de *liene hoa* extendidas sobre las aguas del lago en el mes de junio. Sus flores grandes como amapolas salpicadas de rosa y blanco, esparcen en la atmósfera un olor suave, y encantan la vista por la frescura eterna de sus pétalos y su sedosa verdura que se extienden en enredaderas impenetrables de orilla á orilla de este magnífico lago, que es una de las siete maravillas de la capital de la China.

Entre las plantas acuáticas en extremo útiles, se cuenta tambien el *lien kiem*, cuya pulpa es refrescante, y cuyo grano cocido sirve para hacer tortas de color violeta.

Lo mismo sucede con el *ok tchika*, cuyos tallos se comen como los retoños del bambú.

En los tiempos de escasez los botánicos de la China en cada distrito comunal hacen la lista de todas las plantas con que los pobres pueden alimentarse, y no solamente las describen, sino que las dibujan. Las mas usuales son ortigas y helechos; las hojas de estos últimos sirven para hacer thé, en tanto que sus raíces ofrecen una sustancia farinácea muy nutritiva; de este modo, no puede temerse el ver á los pobres envenenados por haber comido flores de alfalfa.

M. DE L.